



HERALDOS DEL EVANGELIO


Asociación Internacional de Derecho Pontificio

Número 90
Enero 2011

*Promoviendo la
devoción a María*



Salvadme Reina



“San Francisco de Sales” -
Santa Cueva de Manresa (España)

*E*n la creación, manda Dios a las plantas que lleven sus frutos, cada una según su especie; de la misma manera que a los cristianos, plantas vivas de la Iglesia, les manda que produzcan frutos de devoción, cada uno según su condición y estado.

(San Francisco de Sales, “Introducción a la Vida Devota”)



Salvadme Reina

Periódico de la Asociación Cultural
Salvadme Reina de Fátima

Año IIX, número 90, Enero 2011

Director Responsable:
D. Eduardo Caballero Baza, EP

Consejo de Redacción:
Guy de Ridder, Hna. Juliane Campos, EP,
Luis Alberto Blanco, M. Mariana Morazzani, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:
C/ Cinca, 17
28002 – Madrid
R.N.A., Nº 164.671
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044
Fax: 902 199 046

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Con la Colaboración de la
Asociación Internacional Privada
de Fieles de Derecho Pontificio

HERALDOS DEL EVANGELIO

www.heraldos.org

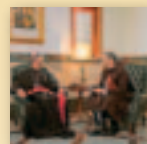
Montaje:
Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Imprime:
Henargraf - Madrid

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

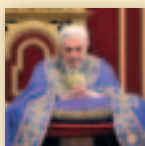
SUMARIO

Escriben los lectores 4

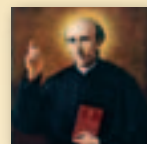


*Entrevista a Mons. Jean
Louis Bruguès -
El Magisterio pontificio y las
universidades católicas* 32

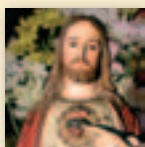
Las balizas de la libertad (Editorial) 5



*La voz del Papa –
Solicitud por la
vida naciente* 6



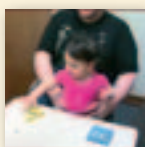
*San Vicente Pallotti -
Impulsor del
apostolado laico* 36



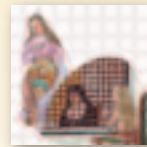
*Comentario al Evangelio –
Radical cambio de patrones
en las relaciones divina
y humana* 10



*Sucedió en la Iglesia
y en el Mundo* 40



*En el corazón del hombre,
la inscripción de Dios* 18



*Historia para niños...
La imagen del espejo* 46



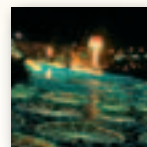
*El Milagro Eucarístico
de Ámsterdam* 24



*Los santos de
cada día* 48



Heraldos en el mundo 26



Deslumbrante tradición 50

ESCRIBEN LOS LECTORES



ADOCTRINAMIENTO ACCESIBLE Y PROFUNDO

La revista *Heraldos del Evangelio* merece felicitaciones no sólo por la excelente presentación gráfica, sino también —y principalmente— por el adoctrinamiento amplio y profundo que presenta de una forma simpática y accesible.

Que el Buen Dios continúe confirmandoos en esta labor apostólica, a la que todos somos llamados, aunque de manera diferente, pues no todos sabemos transmitir las enseñanzas de la Iglesia con simpatía y eficiencia.

*Canónigo Antonio G. Franco Infante
Castelo Branco — Portugal*

“¡VOLAR SIN AMARRAS!”

Les escribo para manifestarles el gozo que experimento de ser parte de esta obra evangelizadora. Me dio mucha alegría cuando recibí la revista *Heraldos del Evangelio* por primera vez, pues me sentí como la preciosa águila que aparecía en la portada, la de “¡Volar sin amarras!”. Saco mucho provecho de cada artículo, que leo con atención, y así enriquezco mi vida espiritual, ya que ustedes ponen dentro de esta revista la gran esencia de nuestra Religión: la Palabra de Dios, el Evangelio bien comentado, que ilumina y esclarece nuestra alma y nuestra mente.

Les felicito por su fidelidad a Cristo, a la Virgen María y al Papa.

*Marcelo Góis Feliz
Riachão do Dantas — Brasil*

LUCHAR PARA SER MEJOR

En octubre, recibí como siempre un precioso ejemplar de la revista, que he leído detenidamente y icuán-

to bien me ha hecho! Las palabras de nuestro Papa Benedicto XVI, el artículo [del *Comentario al Evangelio*] en el que se expresa la necesidad que el hombre tiene de admirar, el de “¿Hablan los ángeles?”, tantos artículos que me han hecho repensar y luchar para ser mejor, a través de palabras llenas de sabiduría con las que he aprendido y reflexionado mucho.

*Laura Salas de Fantori
Santiago — Chile*

INQUEBRANTABLE FE Y ERUDICIÓN

“¡Volar sin amarras!”. Así vuela mi pensamiento al escribir esta carta que tiene como objetivo saludarles y agradecerles el envío de su revista. Como cristiana católica, les puedo decir que dicha publicación me hace pensar. Sus artículos están escritos en un lenguaje sencillo, didáctico, delicado, profundo y bien documentados. En sus autores predomina su inquebrantable Fe y erudición, de una manera potente ante cualquier estímulo externo (de la vida terrena) que les pudiera distraer.

La belleza de contenido teológico se completa con sus preciosas fotografías. ¡Tenerla y leerla es un gozo para el espíritu!

*Rosa Araya de la Fuente
San Pedro — Chile*

CRECER Y MADURAR EN LA FE

Deseo agradecerles por la revista tan hermosa, espiritual, formativa, educativa e interesante que me enviaron. Sus artículos le ayudan a uno a ir creciendo y madurando en la Fe. ¡Qué lindo que en nuestra Santa Madre Iglesia, existan ministerios tan comprometidos con el anuncio del Evangelio, como los *Heraldos*! Si hubieran ministerios igual de comprometidos, más y más

personas conocerían a Nuestro Señor Jesucristo por medio de Nuestra Señora y a través de su trabajo evangelizador y de sus testimonios de vida.

*Gabriel Cantillo Agüero
Agua Caliente de Cartago — Costa Rica*

EMINENTE RESPUESTA AL ESPÍRITU SANTO

Quiero felicitar a todos los *Heraldos* y, muy particularmente, a su fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, por la eminente respuesta que ha dado al Espíritu Santo al fundar una obra como ésta, por su rama sacerdotal y por todo el crecimiento que están desarrollando en muchas partes del mundo. Recibo la revista hace casi un año y he seguido con alegría su desarrollo. Sigán adelante pues la bendición de Dios está con ustedes.

*Greta Burneo
Quito — Ecuador*

EL “NORTE” QUE INDICA LOS CAMINOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Esta revista es el “Norte” que indica los caminos que debemos seguir en la vida espiritual, al igual que en las cosas temporales es necesario tener muy presente el “Norte” físico para realizarlas bien. Es formativa y, como está tan hermosamente hecha, acaba siendo un instrumento de la gracia en cualquier asunto que trate. Cada sección es interesante, pero el conjunto es mejor.

Felicidades, porque la revista nos proporciona de manera clara, objetiva y lógica un crecimiento en la vida espiritual, y nos estimula hacia la admiración de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

*Antonio Zinatto Bueno Lopes
San Cayetano del Sur — Brasil*

LAS BALIZAS DE LA LIBERTAD

En el Sermón de la Montaña, síntesis de la Buena Nueva, Jesús presenta a todos los que vendrían a ser discípulos suyos a lo largo de la Historia una doctrina moral divinamente insuperable. Habría sido imposible llegar hasta ella únicamente mediante la aplicación de la razón. Era necesario que el propio Verbo de Dios hecho carne la revelase y, a su vez, que invitase con su sublime ejemplo a practicarla con la mayor perfección.

Se esperaba que las enseñanzas de nuestro Señor, condensadas de forma admirable en las ocho bienaventuranzas, arrebataren a los hombres de entonces, llenándoles de júbilo y admiración. Sobre todo porque la doctrina del Salvador cambiaba radicalmente las violentas costumbres de la época, introduciendo la bondad y la bienquerencia en un mundo cuyas relaciones eran dominadas por el egoísmo.

Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió. Por el contrario, tan sólo una minoría correspondió a la gracia divina y se hizo cristiana. Y durante casi tres siglos fue objeto de incomprensiones, de calumnias y de las más atroces persecuciones.

Ahora, ¿por qué ese odio contra aquellos que sólo querían hacer el bien?

* * *

Por el libre albedrío, el hombre tiene la posibilidad de optar por el mal, y a ello lo empuja el clamor de las pasiones desordenadas, que pululan en el alma tras el primer pecado, así como las tentaciones de los espíritus malignos. “Vigilad y orad, para que no caigáis en tentación”, nos exhorta Jesús, “que el espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mt 26, 41).

Para que podamos caminar por las sendas de la virtud, venciendo las artimañas de Satanás, contamos con el poderoso auxilio de los Mandamientos, valiosas balizas que separan nítidamente lo que es bueno de lo que es malo. Aunque no sólo eso. En su infinita bondad y compasión hacia nuestras dificultades, Dios grabó en nuestros corazones la Ley Natural, de tal modo que, incluso sin instrucción cristiana alguna, podamos contar con un guía seguro para recorrer los caminos del bien.

De hecho, nuestras almas están dotadas de una facultad llamada “síndéresis”, cuya tarea, dice Santo Tomás de Aquino, es la de “advertir del mal e inclinar al bien”. Es como un joyero en el que se guardan preciosas alhajas: son las reglas morales universales, grabadas de forma indeleble en nuestras almas. Ellas nos dan la capacidad de juzgar si una acción es buena o mala, y nuestra conciencia, iluminada de esta manera, puede actuar correctamente en situaciones concretas, evitando caer en el abismo al que nos puede llevar la flaqueza humana.

Aunque, ¡cuántas veces no hacemos oídos sordos a la voz de la conciencia y cedemos al tumulto de las pasiones desordenadas! En ese momento, recurrimos a racionalizaciones para justificarnos, pero éstas no nos tranquilizan. Cuando optamos por practicar un acto malo, que nos puede proporcionar un placer fugaz, estamos dejando que, al mismo tiempo, entren en el alma los sufrimientos y las contrariedades, pues nuestra conciencia —felizmente— no nos dejará en paz.

¿Por qué “felizmente”? Porque su solicitud nos prepara para el arrepentimiento y la reconciliación con Dios, de modo que retomemos el camino de la felicidad eterna.

Por lo tanto, abramos nuestro corazón a esa voz interior que nos advierte del mal que se debe evitar. Ella no constituye un insoportable obstáculo a nuestro libre albedrío. Al contrario, como las balizas que indican el trazado de una carretera, nos ayuda a usar de manera ordenada nuestra libertad, para que podamos ser bienaventurados en esta Tierra y eternamente felices en el Cielo. ✧



Fieles veneran a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, en Quintana (Brasil)

(Foto: Sergio Céspedes Ríos)



Solicitud *por la vida naciente*

El amor a todos, si es sincero, tiende espontáneamente a convertirse en atención preferente por los más débiles y los más pobres. En esta línea se sitúa la solicitud de la Iglesia por la vida naciente.

Queridos hermanos y hermanas, nuestra reunión aquí esta tarde para iniciar el camino del Adviento se enriquece con otro importante motivo: con toda la Iglesia, queremos celebrar solemnemente una vigilia de oración por la vida naciente. Deseo expresar mi agradecimiento a todos aquellos que se han adherido a esta invitación y a cuantos se dedican de modo específico a acoger y custodiar la vida humana en las distintas situaciones de fragilidad, especialmente en sus inicios y en sus primeros pasos.

Precisamente el comienzo del Año litúrgico nos hace vivir nuevamente la espera de Dios que se hace carne en el seno de la Virgen María, de Dios que se hace pequeño, se hace niño; nos habla de la venida de un Dios cercano, que ha querido recorrer la vida del hombre, desde los comienzos, y esto para salvarla totalmente, en plenitud.

Así, el misterio de la Encarnación del Señor y el inicio de la vida humana están íntima y armónicamente conectados entre sí dentro del único designio salvífico de Dios, Señor de la vida de todos y de cada uno. La Encarnación nos revela con intensa luz y de modo sorprendente que to-

da vida humana tiene una dignidad altísima, incomparable.

Dios nos hace partícipes de su misma vida divina

El hombre presenta una originalidad inconfundible respecto a todos los demás seres vivientes que pueblan la Tierra. Se presenta como sujeto único y singular, dotado de inteligencia y voluntad libre, pero también compuesto de realidad material. Vive simultánea e inseparablemente en la dimensión espiritual y en la dimensión corporal.

Lo sugiere también el texto de la primera carta a los Tesalonicenses que hemos proclamado: “Que Él, el Dios de la paz —escribe San Pablo—, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

Somos, por tanto, espíritu, alma y cuerpo. Somos parte de este mundo, vinculados a las posibilidades y a los límites de la condición material; al mismo tiempo, estamos abiertos a un horizonte infinito, somos capaces de dialogar con Dios y de acogerlo en nosotros. Actuamos en las realidades terrenas y a través de ellas podemos percibir la presencia de

Dios y tender a Él, verdad, bondad y belleza absoluta. Saboreamos fragmentos de vida y de felicidad y anhelamos la plenitud total.

Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones; nos llama a la amistad con Él; nos hace partícipes de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina.

Dignidad incomparable de la persona humana

Con conmoción y gratitud tomamos conciencia del valor, de la dignidad incomparable de toda persona humana y de la gran responsabilidad que tenemos para con todos. “Cristo, el nuevo Adán —afirma el Concilio Vaticano II— en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación... El Hijo de Dios, con su Encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gaudium et spes*, n. 22).

Crear en Jesucristo conlleva también tener una mirada nueva sobre el hombre, una mirada de confianza, de esperanza. Por lo demás, la experiencia misma y la recta razón muestran que el ser humano es un sujeto capaz de inteligencia y voluntad, autocons-

ciente y libre, irrepetible e insustituible, vértice de todas las realidades terrenas, que exige que se le reconozca como valor en sí mismo y merece ser escuchado siempre con respeto y amor.

Tiene derecho a que no se le trate como a un objeto que poseer o como a algo que se puede manipular a placer, que no se le reduzca a puro instrumento en favor de otros o de sus intereses. La persona es un bien en sí misma y es preciso buscar siempre su desarrollo integral. El amor a todos, si es sincero, tiende espontáneamente a convertirse en atención preferente por los más débiles y los más pobres.

En esta línea se sitúa la solicitud de la Iglesia por la vida naciente, la más frágil, la más amenazada por el egoísmo de los adultos y por el oscurecimiento de las conciencias. La Iglesia subraya continuamente lo que declaró el Concilio Vaticano II contra el aborto y toda violación de la vida naciente: “Se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción” (*Gaudium et spes*, n.51).

Respeto a la vida naciente: responsabilidad de todos

Hay tendencias culturales que tratan de anestesiar las conciencias con motivaciones presuntuosas. Respecto al embrión en el seno materno, la ciencia misma pone de relieve su autonomía capaz de interacción con la madre, la coordinación de los procesos biológicos, la continuidad del desarrollo, la creciente complejidad del organismo.

No se trata de un cúmulo de material biológico, sino de un nuevo ser vivo, dinámico y maravillosamente ordenado, un nuevo individuo de la especie humana. Así fue Jesús en el seno de María; así fue para cada uno de nosotros, en el seno de nuestra madre. Con el antiguo autor cristiano Tertuliano, podemos afirmar: “Ya es un hombre aquel que lo será”



Con la oración de las Primeras Vísperas del Domingo I de Adviento, el Santo Padre celebró en la Basílica de San Pedro la “Vigilia por la vida naciente”

(*Apologético*, IX, 8); no existe ninguna razón para no considerarlo persona desde su concepción.

Lamentablemente, incluso después del nacimiento, la vida de los niños sigue estando expuesta al abandono, al hambre, a la miseria, a la enfermedad, a los abusos, a la violencia, a la explotación. Las múltiples violaciones de sus derechos, que se cometen en el mundo, hieren dolorosamente la conciencia de todo hombre de buena voluntad.

Frente al triste panorama de las injusticias cometidas contra la vida del hombre, antes y después del nacimiento, hago mío el apremiante llamamiento del Papa Juan Pablo II a

la responsabilidad de todos y de cada uno: “¡Respetas, defiendes, amas y sirves a la vida, a toda vida humana! Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad” (*Evangelium vitae*, 5). Exhorto a los protagonistas de la política, de la economía y de la comunicación social a hacer cuanto esté dentro de sus posibilidades para promover una cultura siempre respetuosa de la vida humana, para procurar condiciones favorables y redes de sostén a la acogida y al desarrollo de ella. ✧

(*Extractos de la Homilía en la Celebración de las Vísperas en el inicio del Tiempo de Adviento, 27/11/2010*)



Equilibrio entre novedad y tradición

El auténtico reformador es obediente a la Fe: no se mueve de manera arbitraria, ni se apropia indebidamente de ninguna competencia sobre el rito; no es el dueño, sino el custodio del tesoro instituido por el Señor y confiado a nosotros.

En estos días os habéis reunido en Asís, la ciudad en la cual “nació al mundo un sol,” (DANTE, *Paraíso*, Canto XI), proclamado por el Venerable Pío XII Patrón de Italia: San Francisco, que conserva intactas su frescura y su actualidad —los santos no conocen el ocaso!— debido al haberse conformado totalmente a Cristo, de quien fue icono vivo.

Al igual que el nuestro, también el tiempo en el que vivió San Francisco estaba marcado por profundas transformaciones culturales, favorecidas por la creación de las universidades, por el desarrollo de los municipios y por la difusión de nuevas experiencias religiosas.

De la Eucaristía fluye la vida evangélica de San Francisco

Precisamente en aquella época, gracias a la obra del Papa Inocencio III —el mismo de quien el *Poverello* de Asís obtuvo el primer reconocimiento canónico— la Iglesia comenzó una profunda reforma de la Liturgia. Eminente expresión de esto es el Concilio Lateranense IV (1215), que entre sus frutos cuenta con el *Breviario*. Este libro de oración contenía en sí la riqueza de la reflexión teológica y de la vivencia orante del milenio

precedente. Al adoptarlo, San Francisco y sus frailes hicieron propia la oración litúrgica del Sumo Pontífice: de este modo, el santo escuchaba y meditaba asiduamente la Palabra de Dios, hasta hacerla suya e incorporarla luego tanto en las oraciones de su autoría como en general en todos sus escritos.

El mismo Concilio Lateranense IV, considerando con especial atención el Sacramento del Altar, incluyó en la profesión de Fe el término “transubstanciación”, para afirmar la presencia real de Jesucristo en el Sacrificio Eucarístico: “Su Cuerpo y Sangre se contienen verdaderamente en el Sacramento del Altar bajo las especies del pan y del vino, después de transubstanciados, por virtud divina, el pan en el Cuerpo y el vino en la Sangre” (*DS*, 802).

De la participación en la Santa Misa y de la devota recepción de la Sagrada Comunión fluyen la vida evangélica de San Francisco y su vocación para recorrer de nuevo el camino de Cristo crucificado: “El Señor me dio una Fe tal en las Iglesias —leemos en su *Testamento* de 1226—, que así simplemente oraba y decía: Tè adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias, que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por

tu Santa Cruz redimiste al mundo” (*Fuentes Franciscanas*, n. 111)

¡Sacerdotes, sed santos porque el Señor es Santo!

De esta experiencia deriva también la gran deferencia que tenía por los sacerdotes y la amonestación a los frailes de respetarles siempre y en toda circunstancia, “porque nada veo corporalmente en este mundo del mismo altísimo Hijo de Dios, sino el Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre, que ellos reciben y ellos solos administran a los otros” (*Fuentes Franciscanas*, n. 113).

Ante tal don, queridos Hermanos, ¡qué responsabilidad de vida no emana de ahí para cada uno de nosotros! “Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes —recomendaba aún Francisco—, y sed santos, porque Él es Santo” (Carta a toda la Orden, en *Fuentes Franciscanas*, n. 220).

En efecto, la santidad de la Eucaristía exige que se celebre y se adore este Misterio, conscientes de su grandeza, importancia y eficacia para la vida cristiana, pero requiere igualmente pureza, coherencia y santidad de vida de cada uno de nosotros, para que seamos testigos vivos del único Sacrificio de amor de Cristo. [...]



El auténtico reformador es obediente a la Fe

El auténtico creyente, en todo momento, experimenta en la Liturgia la presencia, la primacía y la obra de Dios. Ella es “*veritatis splendor*” (*Sacramentum caritatis*, n. 35), evento nupcial, anticipo de la ciudad nueva y definitiva, y participación en ella; es vínculo de creación y de redención, cielo abierto sobre la tierra de los hombres, paso del mundo a Dios; es Pascua, en la Cruz y en la Redención de Jesucristo; es el alma de la vida cristiana, llamada al seguimiento, a la reconciliación que mueve la caridad fraterna.

Queridos Hermanos en el Episcopado, vuestra reunión pone en el centro de los trabajos de la Asamblea el análisis de la traducción italiana de la tercera edición típica del Misal Romano. La correspondencia de la oración de la Iglesia (*lex orandi*) con la regla de la Fe (*lex credendi*) modela el pensamiento y los sentimientos de la comunidad cristiana, dándole forma a la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu. Ningún lenguaje humano puede prescindir del tiempo, incluso cuando, como en el caso de la Liturgia, es una ventana que se abre más allá del tiempo. Por lo tanto, dar voz a una realidad perennemente válida requiere el sabio equilibrio entre continuidad y novedad, entre tradición y actualización.

El propio Misal encaja dentro de este proceso. En efecto, cualquier reformador auténtico es un individuo obediente a la Fe: no se mueve de manera arbitraria, ni se apropia indebidamente de ninguna competencia sobre el rito; no es el dueño, sino el custodio del tesoro instituido por el Señor y confiado a nosotros. La Iglesia entera está presente en cada Liturgia: adherir a su for-

ma es condición de autenticidad de lo que se celebra.

La esfera moral ha sido relegada al ámbito subjetivo

Esta razón os lleva, en las mutables condiciones del tiempo, a hacer aún más transparente y practicable aquella misma Fe que se remonta a la Iglesia primitiva. Esta tarea es tanto más urgente en una cultura que — como vosotros mismos decís— está experimentando un “eclipse del sentido de Dios y la ofuscación de la dimensión de la interioridad, la formación incierta de la identidad personal en un contexto de múltiples facetas y fragmentado, las dificultades del diálogo entre las generaciones, la separación entre la inteligencia y la afectividad” (*Educare alla vita buona del Vangelo*, n. 9). Estos elementos son el signo de una crisis de confianza en la vida e influyen considerablemente en el proceso educativo, en los que las referencias fiables se vuelven inestables.

El hombre contemporáneo ha invertido muchas energías en el desarrollo de la ciencia y de la técnica, consiguiendo en este terreno logros indudablemente significativos y notables. Sin embargo, este progreso ha sido alcanzado a menudo en detrimento de los fundamentos del cristianismo, en los que radica la fecunda historia del continente europeo: la esfera moral ha sido relegada al ámbito subjetivo y Dios, cuando no es negado, viene siendo excluido de la conciencia pública.

No obstante, uno crece en la medida en que experimenta el bien y aprende a distinguirlo del mal, más allá del cálculo que considera sólo las consecuencias de una acción individual o que utiliza como criterio de evaluación la posibilidad de realizarla.

Congregar en torno a la responsabilidad educativa

Para cambiar de dirección, no es suficiente una llamada genérica a los valores, ni una propuesta educativa que se contente con intervenciones meramente funcionales y fragmentarias. Lo que se necesita, en su lugar, es una correspondencia personal de fidelidad entre sujetos dinámicos, protagonistas de la relación, capaces de tomar posición y de poner en juego su propia libertad (cf. *ídibem*, n. 26).

Por este motivo, es más oportuna que nunca vuestra elección de congregar en torno a la responsabilidad educativa a todos aquellos que se preocupan por la ciudad de los hombres y el bien de las nuevas generaciones. Esta indispensable alianza sólo puede iniciarse a partir de un nuevo acercamiento a la familia, que reconozca y fomente su primacía educativa: es en su interior donde se plasma la fisonomía del pueblo. [...]

De esta manera, os exhorto a que valoréis la Liturgia como fuente perenne de educación para la vida buena del Evangelio. Ésta os introduce en el encuentro con Jesucristo, que con palabras y obras edifica constantemente a la Iglesia, formándola en las profundidades de la escucha, de la fraternidad y de la misión. Los ritos hablan a través de su intrínseca racionalidad y educan a participar en ellos consciente, activa y fructuosamente (cf. *Sacrosantum Concilium*, n. 11). ✧

(Extractos del Mensaje al Cardenal Angelo Bagnasco con ocasión de la 62.ª Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana, 4/11/2010 — Traducción del original italiano por Heraldos del Evangelio)

Todos los derechos sobre los documentos pontificios quedan reservados a la Librería Editrice Vaticana.
La versión íntegra de los mismos puede ser consultada en www.vatican.va

El vasto panorama dominado por el Mar de Galilea sugería la inmensidad del globo terráqueo como auditorio para aquellas palabras

Al fondo: Vista desde el Monte de las Beatitudes. En destaque: Vidriera del Convento de Tyburn, Londres

Gustavo Kraij



EVANGELIO

“En aquel tiempo: ¹ Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. ² Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: ³ ‘Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. ⁴ Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. ⁵ Bienaventurados los mansos, porque poseerán en herencia la tierra. ⁶ Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque serán saciados. ⁷ Bienaventurados los misericordiosos, porque al-

canzarán misericordia. ⁸ Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios. ⁹ Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. ¹⁰ Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. ¹¹ Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. ^{12a} Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los Cielos” (Mt 5, 1-12^a).

Radical cambio de patrones en las relaciones divina y humana

En el Sermón de la Montaña, nuestro Señor enseñó una nueva forma de relaciones, diametralmente opuesta a los principios y costumbres vigentes en el mundo antiguo. A la crueldad y a la dureza de trato, vino a contraponer la ley del amor, de la bondad y del perdón, cuya hermosa síntesis son las ocho bienaventuranzas.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – JESÚS PROCLAMA UNA DOCTRINA INNOVADORA

La majestuosa figura del Mesías y su sorprendente doctrina intrigaban, infundían respeto y atraían a un mismo tiempo. De su profunda y serena mirada dimanaba una bondad ilimitada. Atendía a todas las peticiones, curaba a todos los enfermos. Incluso aquellos que tocaban el borde de su manto o que únicamente eran acariciados por su sombra, se veían favorecidos por su benéfica omnipotencia. Los afligidos recibían de Él un consuelo inefable.

Los milagros se hacían más numerosos y una multitud cada vez más grande le seguía con creciente admiración: “Todo el pueblo le escuchaba y estaba pendiente de sus palabras” (Lc 19, 48). Jamás se había visto en Israel un profeta semejante.

Igualmente cautivados estaban los Apóstoles que desde hacía tiempo acompañaban a este taumaturgo dotado de tan extraordinario poder: por actuación suya, los ciegos veían, los cojos andaban, los sordos oían, los leprosos quedaban limpios y los posesos eran liberados. Pero sus discípulos, en consonancia con la generalidad del pueblo, juzgaban erróneamente que Él había venido a establecer el predominio de Israel sobre las demás naciones de la Tierra. Desconocían aún el verdadero rostro del Reino predicado por el divino Maestro y las reglas que deberían gobernarlo, puesto que, como afirma Fillion, “hasta entonces había anunciado Jesús a sus compatriotas el advenimiento del Reino de Dios e instándoles a entrar en él; pero no había descrito aún circunstancialmente las cualidades

*La majestuosa
figura del
Mesías
intrigaba,
infundía
respeto y
atraía*

Esta ocasión era muy propicia para presentar públicamente una suma de las enseñanzas que la Iglesia, a través de los siglos, habría de guardar, defender y anunciar a todos los pueblos

morales que debían adquirir para ser dignos de pertenecer a él”.¹

Momento oportuno para explicitar la nueva doctrina

El pasaje del Evangelio que comentamos aquí corresponde al momento en que Cristo comienza a explicitar su innovadora doctrina, transcurrido algunos meses desde el inicio de su vida pública. Ahora se hallaba en los alrededores de Cafarnaúm, junto al Mar de Tiberíades, adonde “una gran muchedumbre había llegado de toda la Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, para escucharlo y hacerse curar de sus enfermedades” (Lc 6,17-18).

Jesús acababa de escoger no hacía mucho a doce de entre sus discípulos, a quienes les había dado el nombre de Apóstoles (cf. Lc 6, 13-16), preparando así la fundación de su Iglesia. Esta ocasión era muy propicia para presentar públicamente una suma de las enseñanzas que la Esposa de Cristo, a través de los siglos, habría de guardar, defender y anunciar a todos los pueblos.



Por la actuación de Jesús, los ciegos veían, los cojos andaban, los sordos oían, los leprosos quedaban limpios y los posesos eran liberados

“Cura de un hombre ciego”
Catedral de Gloucester, Inglaterra

Esto es lo que hará Nuestro Señor en el Sermón de la Montaña, verdadera síntesis del Evangelio y ápice de perfección de la Nueva Ley. Las ocho bienaventuranzas le sirven de exordio, como magnífico portal de un palacio incomparable.

En este sermón el Mesías, “a título de fundador y legislador de la Nueva Alianza declara a sus súbditos lo que de ellos pide y lo que de ellos espera si quieren servirle con fidelidad”.²

Violenta ruptura con antiguas costumbres y prejuicios

Hoy en día, dos milenios después, nos es difícil comprender la novedad radical contenida en esas palabras del divino Maestro, las cuales trajeron al mundo una suavidad en las relaciones de los hombres —entre sí y con Dios— que era desconocida para el Antiguo Testamento y, *a fortiori*, para las religiones de los pueblos paganos.

Al respecto dice el Cardenal Gomá: “No estamos hoy en condiciones de apreciar la trascendencia de este discurso de Jesús, por respirar en la atmósfera cristiana que aquellas divinas enseñanzas produjeron en el mundo [...]. Es preciso remontarnos a los tiempos de los groseros errores del paganismo, que respiraban los mismos oyentes de Jesús en aquella ocasión [...] para hacernos cargo del profundo contraste entre las enseñanzas de Jesús y la cultura y sensibilidad de sus oyentes”.³

En efecto, las palabras de Nuestro Señor provocarán una transformación completa de las costumbres de la época, marcadas por el egoísmo, por la dureza de trato y hasta por la crueldad.

También estas palabras son apropiadas para determinar una violenta ruptura con “los prejuicios que sobre el reino mesiánico y sobre el mismo Mesías tenían los contemporáneos de Jesús —ya que le esperaban fuerte y poderoso en el orden temporal, formidable guerrero que debía sojuzgar a las naciones y ponerlas bajo la férula de Judá, con la capitalidad gloriosa de Jerusalén—”.⁴

La felicidad no está en el pecado

El elocuente Bossuet afirma: “Si el Sermón de la Montaña es el resumen de toda la doctrina cristiana, las ocho bienaventuranzas son el resumen del Sermón de la Montaña”.⁵ Ellas sintetizan de hecho todas las enseñanzas morales dadas por el Redentor al mundo, y establecen los fundamentos para la forma de relacionarse que ha de prevalecer en su Reino.

Al llevarlas a la práctica, el hombre encuentra la verdadera felicidad que busca sin cesar en esta vida y que jamás podrá hallar en el pecado. Pues quien viola la ley de Dios en el afán de satisfacer sus pasiones desordenadas se hunde cada vez más en el vicio hasta éste volverse insaciable. “Todo el que peca es esclavo del pecado” (Jn 8, 34), advierte Jesús.

Las almas puras e inocentes, en cambio, gozan ya en esta tierra de una extraordinaria alegría de alma, incluso en medio de sufrimientos o pruebas.

Vayamos ahora al análisis de las ocho bienaventuranzas, vibrantes verdades cuyo enunciado se sucede en majestuosa cadencia, con un ritmo elevado, digno, imponente, propio de la Persona Divina que las proclamaba: “Bienaventurados, bienaventurados, bienaventurados...”.

II – LOS PRINCIPIOS MORALES DE LA NUEVA LEY

“En aquel tiempo: ¹ Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. ² Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:”.

Para hacer la solemne proclamación de su doctrina, Jesús no eligió una sinagoga, ni siquiera el Templo. Profirió esas ocho magistrales sentencias al aire libre, en una pequeña meseta situada en la ribera noroeste del Lago de Tiberíades, cerca de Cafarnaúm.⁶

Como subraya Fillion, “grandiosa era la cátedra desde donde iba a hablar, en consonancia con el asunto mismo del sermón”:⁷ por techo, el cielo; como palco, una montaña y sin paredes... Ante sí, el vasto panorama dominado por el Mar de Galilea sugería la inmensidad del globo terráqueo como auditorio para aquellas palabras que, pasando de región en región a lo largo de los siglos, llevadas por los labios de los Apóstoles y sus sucesores, han llegado hasta nosotros dos mil años después, tan vivas como si las hubieran pronunciado hoy.

Pobreza material y pobreza de espíritu

³ “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

La mentalidad típica de los espíritus mundanos de todos los tiempos recita: “Bienaventurados los ricos y los poderosos, porque ellos consiguen satisfacer todos sus caprichos y apetitos”.

Esa era la máxima de vida de los pueblos paganos de la Antigüedad, y sigue siéndolo hoy en los ambientes donde Nuestro Señor Jesucristo dejó de ser el centro.

Por el contrario, el divino Maestro proclamará: “El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16,24). O bien: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios” (Lc 18, 25).

Por tanto, la contraposición entre la doctrina del Hombre Dios y el espíritu del mundo no podría ser más completa. Así, bien podemos imaginar el estupor de quienes lo seguían cuando le oyeron enaltecer lo opuesto a la felicidad según era entendida por la mentalidad de aquella época: “Bienaventurados los pobres de espíritu”.

Tanto más siendo Jesús el ejemplo vivo y modelo insuperable de esa innovadora doctrina. Creador del Cielo y de la Tierra, había elegido como cuna un pesebre instalado en una gruta fría, apenas calentada por la presencia de un buey y un burro. Y después de treinta años de existencia humilde y oculta, pudo decir durante su vida pública: “Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Lc 9, 58).

Cabe destacar, sin embargo, que Cristo no se refiere aquí principalmente a la pobreza material, como apunta con finura el Papa Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*: “La pobreza de que se habla nunca es un simple fenómeno material. La pobreza puramente material no salva, aun cuando sea cierto que los más perjudicados de este mundo pueden contar de un modo especial con la bondad de Dios. Pero el corazón de los que no poseen nada puede endurecerse, envenenarse, ser malvado, estar por dentro lleno de afán de poseer, olvidando a Dios y codiciando sólo bienes materiales”.⁸

Los “pobres de espíritu” mencionados por el divino Maestro en este versículo no son los faltos de dinero, sino los hombres desapegados de los bienes de este mundo, sean muchos o pocos, para seguir a Cristo.

Un rico puede ser pobre de espíritu en medio de la abundancia y la prosperidad, gracias a la práctica de la caridad y por la sumisión a la voluntad de Dios, en función de la cual administra su riqueza. El santo Job en esta materia es uno de los ejemplos más hermosos. Por otro lado, un pobre que se ha rebelado contra su condición,

La mentalidad típica de los espíritus mundanos de todos los tiempos recita: “Bienaventurados los ricos y los poderosos, porque ellos consiguen satisfacer todos sus caprichos y apetitos”

*La mansedumbre
elogiada por
Cristo consiste sobre
todo en que
el hombre sea
continuamente dueño
de sí mismo*

dominado por la envidia, por la ambición o por el orgullo, será un “rico de espíritu” al cual jamás podrá pertenecer el Reino de los Cielos.

Así pues, la pobreza de espíritu consiste en la aceptación de las circunstancias personales, convencidos de nuestra completa dependencia de Dios, a quien todo le debemos, y en la certeza de que nuestra existencia es un mero camino para llegar al Cielo. El que así procede será feliz ya en esta vida, porque liberándose de todo apego desordenado y volcándose a los bienes espirituales, de alguna manera ya posee por la gracia la bienaventuranza eterna.

El valor del sufrimiento frente a Dios

⁴ “Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados”.

A la naturaleza humana decaída le repugna el dolor, el sacrificio e incluso el menor esfuerzo. Sin embargo, el Señor enaltece en la segunda bienaventuranza el llanto de los que soportan sufrimiento físico y el dolor moral por razones sobrenaturales, como en expiación por los pecados propios o —lo que es más noble— en reparación por las culpas ajenas. Bienaventuradas son las santas lágrimas de estos afligidos, que tanto consuelo pueden traerles al ayudarlos a ver el vacío de los bienes pasajeros y a merecer los eternos.

Bienaventurados serán también porque Dios nunca deja de confortar, a partir de esta tierra,

a quien acepta el dolor y, a imitación de Cristo, se arrodilla ante la cruz y la besa antes de cargarla sobre los hombros. Su gozo no será pequeño pues, como afirma San Juan Crisóstomo, “cuando es Dios el que nos consuela, aun cuando vengan sobre nosotros las penas tan copiosas como los copos, todas las superamos. Dios nos recompensa siempre por encima de nuestros trabajos”.⁹

La verdadera mansedumbre

⁵ “Bienaventurados los mansos, porque poseerán en herencia la tierra”.

La mansedumbre elogiada por Cristo en este versículo consiste sobre todo en que el hombre sea continuamente dueño de sí mismo, controlando sus emociones e impulsos. Esta virtud le impide murmurar contra las adversidades permitidas por Dios, y lo lleva a no irritarse con los defectos de los hermanos, buscando, en cambio, deshacer los malentendidos y disculpar con generosidad las ofensas recibidas.

Los mansos de corazón no sólo evitan la discordia con el prójimo, sino que se emplean a fondo para que aquella no se establezca entre los hermanos. Soportan el peso de la vida, conformándose siempre con la voluntad de Dios. San Agustín los elogia: “Cuando les va bien, alaban a Dios, y, cuando mal, no blasfeman a Dios; en las buenas obras que hacen glorifican a Dios y en los pecados se acusan a sí mismos”.¹⁰ Una vez más el santo Job nos dará ejemplo de esta virtud, con su admirable fidelidad durante la terrible prueba.

¿Y cuál es la tierra que poseerán los mansos? La tierra de los vivos: el Cielo. Pero ya en este mundo, aun entre dolores y tristezas, disfrutan una constante alegría en el fondo de sus almas, anticipo del gozo del Reino Eterno.

Las leyes del espíritu difieren de las del cuerpo

⁶ “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque serán saciados”.

Tener hambre y sed de justicia equivale a desear la santidad. Jesús alaba aquí la ardua batalla de quienes, en pos de la perfección moral, luchan para progresar en la vida espiritual, examinan con rigor su conciencia y combaten con energía los defectos propios.



"Jesús enseñando a los Apóstoles" - Catedral de Santo Isaac, San Petersburgo (Rusia)

Ahora bien, las leyes del espíritu son distintas a las del cuerpo. Mientras más alimento espiritual recibe el alma, tanto más crece el apetito de los bienes eternos, porque Dios infundió en la naturaleza humana la aspiración a una felicidad sin límite. Entonces, ¿cómo podrán ser saciados los que “tienen hambre y sed de justicia”?

Nuestro apetito de los bienes eternos sólo quedará perfectamente satisfecho en el Cielo, donde el propio Dios será nuestra recompensa. Mas igualmente en esta tierra, bienaventurados son cuantos se alimentan con fervor del Pan de los Ángeles y beben con delicia el agua del Espíritu ofrecida por Jesús a la samaritana (cf. Jn 4, 14).

La medida con que midan...

⁷ “Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia”.

A veces sentimos verdadero horror a perdonar, pensando que la justicia manda tratar a cada uno estrictamente según sus acciones y méritos.

Sin embargo, el Buen Pastor nos convida aquí a disculpar las debilidades de nuestros hermanos y a compadecernos de sus miserias. Más adelante, todavía en el Sermón de la Montaña, el Señor llevará esta doctrina a un extremo inimaginable: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian. Bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman. [...] Hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio. Entonces vuestra recompensa será grande y serán hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los desagradecidos y los malos. Sean misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 27-28. 35-36).

El día del Juicio, el Redentor nos tratará de la misma manera como hayamos tratado al prójimo: “Porque la medida con que midáis también se usará con vosotros” (Lc 6, 38). Quien siente misericordia, perdona con facilidad las debilidades de los demás y a su vez recibe el perdón, según la petición del Padre nuestro: “Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido” (Mt 6, 12). Porque, añade Jesús, “si perdonáis sus faltas a los otros, el Padre que está en el Cielo también os las perdonará. Pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre os perdonará” (Mt 6, 14-15).



“Si perdonáis sus faltas a los otros, el Padre que está en el Cielo también os las perdonará” (Mt 6, 14)

El privilegio de ver a Dios en esta vida

⁸ “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Al decir “puros de corazón” pensamos de inmediato en la virtud angélica. Pero, como explica Fillion, esas palabras “no designan exclusivamente a la castidad, sino al alejamiento del pecado, la exención de toda mancha moral. El corazón es tomado aquí como centro de la vida moral, a la manera hebrea”.¹¹

Por consiguiente, el alcance de esta expresión es bastante más amplio y profundo. El puro de corazón tiene todas sus intenciones y aspiraciones enfocadas hacia el Altísimo y al beneficio del prójimo. Admirando lo santo, noble y elevado, desborda de deseos de hacer el bien a los demás por amor a Dios.

Bossuet emplea sugerentes comparaciones en su intento de describir la íntima unión de estas almas con su Creador: “Un cristal perfectamente límpido, un oro perfectamente refinado, un manantial perfectamente claro no igualan la belleza y la limpidez de un corazón puro. [...] Dios se complace en mirarse en él como en un hermoso espejo, en el cual se imprime a Sí mismo con toda su belleza”.¹²

No obstante, sería erróneo pensar que el premio prometido en esta bienaventuranza se re-

El puro de corazón tiene todas sus intenciones y aspiraciones enfocadas hacia el Altísimo y al beneficio del prójimo

*No debemos
ahorrar
medios si
se trata de
obtener la
armonía entre
los corazones
y de alzarlos
hacia Dios*

fiere exclusivamente a la eternidad, exigiendo una vida entera de abnegación y aridez a fin de alcanzar la Visión Beatífica. Al contrario, como enseña Santo Tomás, en las bienaventuranzas el Señor también promete la recompensa para este mundo.¹³ Y Fillion afirma que la pureza de corazón brinda “en esta misma tierra un comienzo de visión, un conocimiento más perfecto del Dios que se revela a las almas puras”.¹⁴

¿Cómo sucederá? Sin duda mediante la gracia. Pues mientras la impureza engeguece el alma para toda clase de elevación, quien posee un corazón limpio ve a Dios en esta vida a través de la Fe, admirando los reflejos divinos en las criaturas, y sobre todo, contemplando la acción de la gracia en las almas. Acción que es, por cierto, una de las más hermosas y elevadas manifestaciones de Dios en esta tierra.

Cómo tornarse en verdadero hijo de Dios

⁹ “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”.

Todos los promotores de la verdadera paz — que es la tranquilidad del orden, según la célebre definición de San Agustín¹⁵— serán llamados hijos de Dios.

Ahora bien, para irradiar la paz hay que empezar por disfrutarla en el propio interior. Esto significa no tener susceptibilidades ni rencores, sabiendo ceder oportunamente a las exigencias del prójimo, incluso cuando sean o parezcan injustas, siempre y cuando no nos hagan incurrir en pecado. Las palabras que más adelante pronunciará el Señor en el mismo Sermón de la Montaña nos convidan a practicar este principio del modo más radical posible: “Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra;

al que te quite el manto, no le niegues la túnica” (Lc 6, 29).

Actuar así exige auténtico heroísmo. Pero Cristo nos enseña que no debemos ahorrar medios —ni siquiera dolorosos— si se trata de obtener la armonía entre los corazones y de alzarlos hacia Dios.

Por ende, si queremos ser “hijos de Dios”, aprendamos a ser pacíficos, atendiendo la bella exhortación de Bossuet: “Tengamos siempre palabras de reconciliación y de paz para dulcificar la amargura de nuestros hermanos contra nosotros o contra otros; procuremos siempre amenizar los malos comentarios, evitar las enemistades, las frialdades, las indiferencias, en fin, reconciliar a los que están en desacuerdo. Esto es hacer la obra de Dios y mostrarse hijos suyos, imitando su caridad”.¹⁶

La alegría en la persecución

¹⁰ “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. ¹¹ Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. ^{12a} Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los Cielos”.

Por amor a la justicia —es decir, la santidad— atravesaremos sin duda momentos en esta vida en los cuales seremos incomprendidos e incluso perseguidos.

En tales circunstancias no debemos dejarnos abatir. Por el contrario, tenemos que recordar que Dios es el Señor de la Historia y nada ocurre sin su consentimiento, por mínimo que

¹ FILLION, Louis-Claude – *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Madrid: RIALP, vol. 2, p. 94.

² Ídem, ibídem.

³ GOMÁ Y TOMÁS, Isidro – *El Evangelio explicado*. Barcelona: Casulleras, 1930, vol. 2, p. 158.

⁴ Ídem, ibídem.

⁵ BOSSUET – *Meditations sur l'Évangile*. Versailles: Lebel, 1821, p. 4.

⁶ Algunos autores opinan que el Monte de las Bienaventuranzas corresponde al que hoy se conoce también como Cuernos de Hattin, situado a medio camino entre Caná y Cafarnaúm (Cf. GOMÁ Y TOMÁS, op. cit., pp. 155-156).

⁷ FILLION, op. cit., p. 92.

⁸ BENEDICTO XVI – *Jesús de Nazaret*. Ciudad del Vaticano:

Librería Editrice Vaticana, 2007, p. 37.

⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO – *Obras. Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*. Madrid: BAC, 2007, p. 275.

¹⁰ SAN AGUSTÍN – *Obras - Homilías*. Madrid: BAC, 1955, vol. X, p. 53.

¹¹ FILLION, Louis-Claude – *La Sainte Bible commentée*. Pa-

sea: “¿Acaso no se ven de un par de pájaros por unas monedas? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae en tierra, sin el consentimiento del Padre que está en el Cielo” (Mt 10, 29). El Creador lo tiene todo contado, pesado y medido. Y actúa sobre los acontecimientos buscando siempre, además de su propia gloria, la salvación de los suyos. Por eso afirma San Pablo: “Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman” (Rom 8, 28).

¡En cuántas ocasiones los santos fueron objeto de las más injustas persecuciones, por amor a la verdad! Pero no perdieron la confianza en la Providencia Divina, ni demostraron rencor contra sus perseguidores, a los cuales trataban con caridad y sin odio personal, pero también con la innegable superioridad del hombre que practica la virtud en relación al que se deja arrastrar por el vicio.

Por eso, el propio Dios se encargará de recompensarlos mucho más allá de lo merecido: poseerán el Reino de los Cielos, un premio eterno, infinitamente superior a todo sufrimiento padecido en esta vida.

III – INVITACIÓN A LA RADICALIDAD DEL BIEN

Como hemos visto, la doctrina de las bienaventuranzas dejó al descubierto para siempre lo vacío de la felicidad fundada en la satisfacción de



Timothy Ring

El patrón de virtud que Cristo nos propone en las bienaventuranzas no es otro sino Él mismo, ¡el propio Dios!

"Sagrado Corazón de Jesús" - Casa Madre de los Heraldos del Evangelio, São Paulo (Brasil)

las pasiones desordenadas y la posesión de bienes materiales. Pues, como enseña magistralmente el Santo Padre, “se invierten los criterios del mundo apenas se ven las cosas en la perspectiva correcta,

esto es, desde la escala de valores de Dios, que es distinta de la del mundo”.¹⁷

Con esas ocho sentencias Cristo indicó la ruta para alcanzar el Cielo, en donde veremos a Dios cara a cara y participaremos de la propia vida divina, poseyendo la felicidad de la cual goza Él mismo. Y quien adecúa su conducta a las bienaventuranzas, empieza a gozar espiritualmente un anticipo, ya en esta Tierra, de la felicidad eterna.

Las bienaventuranzas no son frases que deben ser estudiadas fríamente apenas con la inteligencia, sino que son principios de vida para ser leídos y meditados con el corazón, con el calor del alma de quien quiere ponerse en camino tras los pasos del Señor.

Con divina suavidad nos invitan a la radicalidad en la práctica del bien, porque el patrón de virtud que en ellas nos propone Cristo no es otro sino Él mismo, ¡el propio Dios! ✧

Las bienaventuranzas no son frases que deben ser estudiadas fríamente apenas con la inteligencia, sino que son principios de vida para ser leídos y meditados con el corazón

rís: Letouzey et Ané, 1912, vol. 7, p. 43.

¹² BOSSUET, op. cit., p. 16.

¹³ “Así, pues, aquellas cosas que en las bienaventuranzas [...] se señalan como premios, pueden ser o la misma bienaventuranza perfecta, y en este sentido pertenecen a la vida futura, o cierta incoación de la bienaventuranza, tal como se da en los

varones perfectos; y en este sentido los premios pertenecen a la vida presente. Pues cuando uno empieza a progresar en los actos de las virtudes y de los dones, se puede esperar de él que llegue a la perfección de esta vida y a la de la patria” (AQUINO, Santo Tomás de – *Suma Teológica* I-II, q. 69, a. 2, resp.).

¹⁴ FILLION, op. cit., p. 43.

¹⁵ “La paz de la ciudad celestial es la unión ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y mutuamente en Dios. Y la paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden” (*La Ciudad de Dios*, libro XIX, cap. 13).

¹⁶ BOSSUET, op. cit., pp. 18-19.

¹⁷ BENEDICTO XVI, op. cit., p. 95.

En el corazón del hombre, la inscripción de Dios

Todos los niños nacen con una innata capacidad para distinguir el bien del mal. Se trata de una “tendencia natural” denominada sindéresis en la tradición filosófica y teológica, y comprobada mediante recientes experimentos científicos.



D. Joshua Alexander Sequeira, EP

Le voy a contar, querido lector, una anécdota que seguramente le resultará familiar. Narrándosela, quiero llamar su atención a cerca de una importante enseñanza contenida en ella, sobre la que poco reflexionamos. Después de todo, como los sabios dicen, las grandes verdades a menudo se ocultan en las realidades más comunes.

Imaginemos la siguiente escena. Una mujer está en la cocina de su hogar terminando de decorar una tarta, esparciendo confites sobre la cobertura. Mientras tanto, su hijito no pierde detalle de cada uno de sus gestos, fascinado por los colores y el delicioso aroma que se propaga por el resto de la casa. Concluida la tarea, guarda el apetitoso y delicado manjar en la nevera y le avisa:

— Voy a salir ahora un momento, pero no se te ocurra tocar la tarta, que es para el cumpleaños de tu hermano, ¿de acuerdo?

El pequeñín menea afirmativamente la cabeza. Muy pronto se encontrará solito en casa. Se pone a jugar un ratito en el jardín, pero su pensamiento está en otro sitio. No lo resiste y se dirige camino a la nevera, sólo para mirar... Finalmente

pasa el dedito por la sabrosa cobertura para probarla... y luego termina sirviéndose hartamente del dulce: además de algunos confites, no deja sin verificar la calidad del pastel; después vuelve al jardín, dejando por todas partes unas ingenuas y azucaradas huellas.

Tan pronto como regresa, la madre percibe las “marcas del delito”.

— ¿Has sido tú?, le pregunta al niño.

— No. Yo no he sido.

— ¿No me estarás mintiendo?, indaga la madre. Y entonces el chiquillo se sonroja.

¿Quién le ha enseñado que no se puede mentir? Nadie... Todavía, como es pequeño, no ha ido a la catequesis. Ni siquiera conoce el sentido de la palabra “mentir”. Sin embargo, su rubor constituye la mejor prueba de que ha comprendido la maldad que encierra una mentira, sencillamente por haber tomado contacto con ella.

Intuir los primeros principios morales

En efecto, las Sagradas Escrituras, la Tradición y la Filosofía indican la existencia de una cualidad en el alma humana capaz de intuir princi-

pios morales, desde los primeros destellos del uso de razón, capacitándola a orientarse con eficacia en el camino de la recta conducta. Es significativa, en este sentido, la amonestación que San Pablo hace a los romanos: “Cuando los paganos, que no tienen la Ley, guiados por la naturaleza, cumplen las prescripciones de la Ley, aunque no tengan la Ley, ellos son ley para sí mismos, y demuestran que lo que ordena la Ley está inscrito en sus corazones. Así lo prueba el testimonio de su propia conciencia, que unas veces los acusa y otras los disculpa” (Rm 2, 14-15).

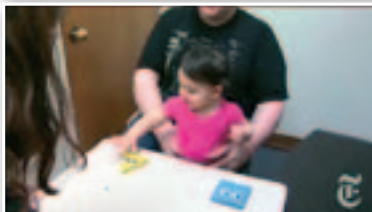
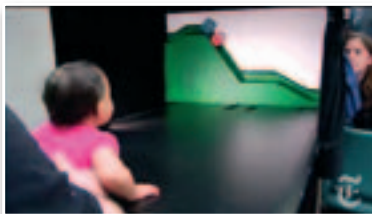
San Juan Crisóstomo, comentando el Libro del Génesis, señala que nuestros primeros padres ya discernían la moralidad de sus actos: tras pecar, Adán y Eva se esconden de Dios. Cuando Caín invita a Abel a ir con él al campo disfrazando su verdadera intención, revela igualmente que no ignora la maldad de la acción que premeditadamente iría a cometer: el primer homicidio. Y finge, lo mismo que hicieron sus padres cuando fueron interrogados, que desconoce su crimen. Por lo tanto, ya en los orígenes de la sociedad, sin poseer aún letras, profetas o jueces, todos conocían sus deberes morales.¹

Investigaciones científicas lo confirman

Pero para que nuestra reflexión no permanezca circunscrita a los antiguos tiempos, es muy interesante analizar las contribuciones ofrecidas por modernos estudios. Un equipo de científicos del Departamento de Psicología de la Universidad de Yale (Connecticut, EEUU), liderado por el Prof. Paul Bloom, vienen realizando pesquisas cuyos resultados, vistos por muchos como un descubrimiento inédito —y en cierto sentido lo es—, corroboran el Magisterio multisecular de la Iglesia, “contrariamente a lo que se le enseñó durante décadas a legiones de estudiantes de psicología”.²

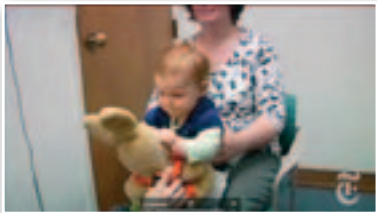
Los peritos escogieron a bebés de entre 6 y 10 meses —por lo tanto, mucho antes de que tuvieran uso de razón— y le presentaron el siguiente experimento: cada niño contempla una escena en la que una figura animada redonda y roja intenta subir una escarpada colina. Resbala dos veces y retrocede sin conseguir su objetivo, pero a la tercera un triángulo amarillo le ayuda y finalmente llega a la cima. A continuación se repite la primera parte, pero en esta ocasión, en el tercer intento aparece desde arriba un cuadrado azul que, en vez de auxiliar a la figura redonda, la empuja hacia abajo, impidiéndole el ascenso. Los niños acompañaban con vivo interés el desarrollo de la trama y reaccionaron de un modo sorprendente cuando se les presentó para que escogieran una figura: el triángulo o el cuadrado. El 80% se manifestó a favor del primero, rechazando a la pieza malévola.

Los psicólogos ensayaron ahora con muñecos de peluche. Les presentaron a un perro que estaba intentando abrir una caja. Se le acerca un osito y le ofrece ayuda, pero en seguida llega otro osito y se sienta violentamente encima de la caja, impidiéndole que la abriera. La gran mayoría de los bebés, cuando se les da a elegir, escogen al



El 80% de los niños se manifestaron a favor del triángulo amigo

Los hallazgos de Bloom apoyan la opinión de que la capacidad de evaluar a los individuos sobre sus interacciones sociales es universal y no enseñada



Niños de cinco meses escogen al conejito caritativo

Fotogramas del vídeo difundido por el New York Times en su página Web

osito servicial. En una tercera escenificación animada, aparecen dos conejos y un gato. Éste invita a uno de ellos a jugar con su pelota y lo hace. En ese momento se acerca el otro conejo y se la roba. En este caso, niños de 5 meses escogen al conejito caritativo y algunos un poco más grandes toman la iniciativa de pegarle al malvado.

Profundizaciones rigurosas hechas a partir de esas constataciones demuestran que los bebés saben diferenciar las acciones sociales como inherentemente buenas o malas, y le atribuyen a quien las practica buenas o malas cualidades, al verlas como originadas de predicados esenciales e intrínsecos (y no superficiales o extrínsecos) del agente.

Sin embargo, lo más revelador se produjo cuando bebés de 8 meses tuvieron que escoger entre muñecos que premiaban o castigaban al conejo *caritativo* y al conejo *malvado*. Tratándose del conejo “bueno”, la elección infantil recaía sobre el muñeco que le había premiado; pero en el caso del *malvado*, los bebés preferían a aquel que le había castigado, a pesar de la generalizada predilección por los actos buenos en los otros experimentos. Podría afirmarse que eran unos bebés justicieros.³

“Es evidente que muchos aspectos de un sistema moral completamente desarrollado están fuera del alcance de un niño en la etapa preverbal. [...] Nuestros hallazgos revelan que los seres humanos se implican en la evaluación social en un momento del desarrollo mucho antes de lo que se pensaba, y apoyan la opinión de que la capacidad de evaluar a los individuos sobre sus interacciones sociales es universal y no enseñada.”⁴ concluyen Bloom y su equipo.

Un impulso hacia la rectitud y la justicia

Nos encontramos, por tanto, ante un hábito innato del alma humana que antecede y prepara de forma espontánea

nea el juicio de la conciencia, siendo el punto de partida sobre el cual se construirá el edificio de la moralidad.⁵

Este *habitus*, que ha sido estudiado ampliamente por la Escolástica, se le denomina *sindéresis*, y el Papa Pablo VI lo definía como una “natural tendencia” que guía el espíritu al “uso interno de los principios innatos relacionados con el proceder humano, que van más allá de los límites de la esfera subjetiva, y se vuelven hacia el origen de la actividad consciente”.⁶ Comentando a Santo Tomás, el entonces Cardenal Ratzinger la definía, en 1991, como “una repugnancia interior hacia el mal y una profunda atracción hacia el bien”.⁷

San Tomás de Aquino habla con maestría al respecto en las *Cuestiones disputadas — Sobre la verdad*, donde explica la esencia y necesidad de la *sindéresis*: “De ahí que también en los actos humanos sea conveniente, para que pueda existir alguna rectitud, hallar algún principio permanente que tenga una integridad inmutable, para que todas las acciones humanas sean examinadas, de manera que aquel principio resista de modo permanente todo mal y confirme todo bien. La *sindéresis* es esto, su tarea es la de advertir del mal e inclinar al bien”.⁸

Es decir, el hábito de la *sindéresis* nos da la posibilidad de intuir rápida y certeramente los primeros principios que rigen los actos morales, como lo demuestran el ejemplo de la tarta y el de los experimentos con bebés. Cualquiera persona lo posee por el simple hecho de ser un ente racional: en la etapa anterior al pleno uso de razón, aquel actúa en la misma penumbra en la que opera la propia razón; y en la posterior, conduce hasta el aspecto central de la verdad moral, favoreciendo a la conciencia que emita un parecer y ofreciendo las condiciones para que éste sea verdadero.

Por tanto, se concluye sin esfuerzo alguno que existe en el hombre

un impulso hacia la rectitud y la justicia, que le es tan natural como el aire que respira o los colores que ve.

La *sindéresis* no es una aptitud adquirida, porque —aunque no nazcamos con ideas latentes, las cuales conoceríamos sin saber, como Sócrates y Platón juzgaban que existían— desde la cuna venimos con ese sello indeleble que nos lleva a la intuición de los primeros principios. Aún así, es conocido que la *sindéresis* no nos ofrece principios explícitos y formulados, haciéndose indispensable explicitar, en tal caso, los términos que componen los principios, mediante el contacto experimental con la realidad concreta: los bebés antes mencionados, por ejemplo, no reaccio-

*Una gran diferencia se interpone entre *sindéresis* y conciencia: la primera es infalible, mientras que la segunda es pasible de error*

narían como ha sido visto, sin la confrontación con el comportamiento de los muñecos. Si no que, a partir de constataciones como esas, ya en la edad de la razón, serán plasmados todos los criterios morales que guiarán el curso de sus existencias.

Sindéresis y conciencia

Por mucho que el poderoso auxilio de la *sindéresis* nos acompañe en todo momento, siempre le corresponderá al hombre deliberar sobre sus actos particulares, y es aquí donde sobresale el papel desempeñado por la conciencia.

El P. Victorino Rodríguez, OP, definió la conciencia como “un juicio por el que la propia razón dictami-

na, a base de los principios de la moralidad, sobre la licitud o ilicitud de lo que el hombre concretamente ha hecho, está haciendo o va a hacer inmediatamente”.⁹ En una palabra, la *sindéresis* señala el principio universal que será aplicado por la conciencia al acto concreto, y por eso el tomismo no califica a ésta última como un hábito, ni siquiera una potencia, sino como un acto, un juicio.¹⁰ De esta manera, la *sindéresis* indica siempre que la mentira es ilícita, pero le corresponde a la conciencia aplicar este principio a circunstancias particulares, como: sobresalir ante los demás, evitar un castigo o proteger la reputación ajena.

Aunque la función primaria y propia de la conciencia sea juzgar el acto que se ejecuta en el presente, en un momento y lugar determinados, puede también analizar acontecimientos pasados, como conforme o disconformes a los principios de la moralidad, o crear un sentido de responsabilidad moral en relación con algo que será hecho. Tres episodios bíblicos nos muestran un ejemplo de ello.

Cuando a la casta Susana le fue hecha una propuesta indecente por parte de dos ancianos del pueblo (cf. Dn 13, 20), al momento le vino a la mente la clarísima noción de que aquel acto era contrario a la Ley de Dios. Su reacción, loable por la integridad de su opción, indica una fidelidad a la *conciencia concomitante*, que manda, prohíbe o permite el acto en el momento de ser practicado: “Prefiero caer en vuestras manos sin haber hecho nada, que pecar en presencia del Señor” (Dn 13, 23), les respondió ella.

Distinto fue el hecho en el que el divino Maestro, en respuesta a los fariseos que demandaban el castigo de la adúltera, dijo: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra” (Jn 8, 7). Y empezó a trazar en la arena inscripciones misteriosas que ahuyentaron a los acusadores: “Al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por

los más viejos” (Jn 8, 9). La *conciencia consecuente* —que aprueba, acusa o excusa el acto ya practicado— les recriminaba el error abrazado desde hacía bastante tiempo.

En la heroica epopeya, finalmente, relatada en el Primer Libro de los Macabeos, cuando llega a los oídos del pueblo hebreo el decreto del rey Antíoco, ordenando que todos abandonaran la religión del Dios vivo, Matatías y los suyos deciden no prevaricar: “Muchos israelitas se mantuvieron firmes y tuvieron el valor de no comer alimentos impuros; prefirieron la muerte antes que mancharse con esos alimentos y quebrantar la santa alianza” (1 M 1, 62-63). Ahora bien, esa elección precedía, con mucha antelación, el día en el que fueron llamados a ofrecer sacrificios delante de todos, lo que significa una deliberación de la *conciencia antecedente*, la cual manda, prohíbe o permite un acto futuro.

Vemos como la conciencia y la *sindéresis* están íntimamente entrelazadas. Aún así, una gran diferencia se interpone entre ambas. La segunda es infalible: de la misma forma que el principio de contradicción nos afianza en la certeza de que un hombre no es un árbol ni un pájaro, la *sindéresis* siempre nos dirá que el hurto es un mal, como lo es el homicidio, el perjurio y los otros vicios. La conciencia, por el contrario, es pasible de error, ya que puede emitir su juicio conjugando un falso principio particular —por ignorancia o culpa— al principio universal de la *sindéresis*, o también puede aplicar éste inadecuadamente al caso específico. Sea como sea, todos tienen obligación de trabajar para corregir los errores de la conciencia moral, frutos de la debilidad humana después del pecado original o del medio social.¹¹

¿Por qué el hombre hace el mal que no quiere?

Sabemos cuánto el intelecto humano posee admirable cohesión: no nos



Sergio Holimann

“San Pablo” - Pórtico de los Apóstoles, Catedral de Notre-Dame, París

“Cuando los paganos, que no tienen la Ley, guiados por la naturaleza, cumplen las prescripciones de la Ley, [...] demuestran que lo que ordena la Ley está inscrito en sus corazones” (Rm 2, 14-15)

gustan las mentiras, las falsedades o los engaños. Nos sentimos disgustados cuando descubrimos una hipocresía y, sobre todo, cuando presenciamos una iniquidad. Por otra parte, vibramos de entusiasmo ante la proclamación de la justicia, o ante un audaz acto en defensa del bien. El “ino te es lícito!” (Mc 6, 18) con el que San Juan Bautista increpó a Herodes o el intrépido grito de Matatías: “No acataremos las ordenes del rey desviándonos de nuestro culto, ni a la derecha ni a la izquierda” (1 M 2, 22), suscitan en nosotros exclamaciones de júbilo, porque expresan de forma paradigmáti-

ca aquello que sentimos que es la *recta ratio*, la recta razón.

Estas reacciones son fruto de la *sindéresis*, la cual, como afirma el Doctor Angélico, jamás podrá ser destruida.¹² Al contrario, continúa existiendo incluso en los condenados a las penas eternas, siendo “causa primaria de aquel ‘gusano roedor’ de que nos habla el Evangelio (Mc 9, 48), y que no es otra cosa que una perpetua acusación y remordimiento de los pecados cometidos, que atormenta la conciencia de aquellos desgraciados”.¹³

Por tanto, en la naturaleza humana hay una fundamental y ontológica apetencia del bien, de la que el vicio no forma parte, pues éste “no es natural, sino es el fruto de actos humanos”.¹⁴ Surge entonces una pregunta crucial, repetida por personas de todas las generaciones, y de apariencia siempre nueva, a pesar de ser tan antigua: ¿por qué escogemos el error? ¿Por qué actuamos tantas veces de manera reprochable?

En un acto de desahogo, San Pablo parece traducir esta perplejidad del género humano cuando dice: “El querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rm 7, 18b-19).

El bien aparente y el bien real

Tras la entrada del pecado en la Historia, por la caída de nuestros primeros padres, el hombre se hizo propenso a practicar un tipo de pseudo-bien que deleita a las malas inclinaciones del alma decaída manteniendo, sin embargo, una apariencia de rectitud. Sin esa apariencia, la práctica del pecado sería inconcebible, pues “es psicológicamente imposible que la voluntad se lance a la posesión de un objeto si el entendimiento no se lo presenta como un bien”.¹⁵

¿De qué forma puede el hombre confundir el bien aparente con el real? La manera en la que cae el

entendimiento en ese gran error — fundamento de todo pecado— es pormenorizadamente descrita por el P. Royo Marín cuando trata sobre la “psicología del pecado”.

Al apreciar el valor de un objeto creado, explica el teólogo dominico, la inteligencia puede engañarse fácilmente considerando ciertos aspectos de ese objeto agradables para alguna de las partes del compuesto humano, mientras que por otra parte ve que ese mismo objeto presenta también aspectos rechazables, por ejemplo, bajo el punto de vista moral.

Entre ambos extremos, la inteligencia se queda en la duda. Si consigue prescindir del “griterío de las pasiones”, presentará ese objeto a la voluntad como algo inconveniente y ésta lo rechazará con energía y prontitud. “Pero si, ofuscado y entenebrecido por el ímpetu de las pasiones, el entendimiento deja de fijarse en aquellas razones de disconveniencia y se fija cada vez con más ahínco en los aspectos halagadores para la pasión, llegará un momento en que prevalecerá en él la apreciación errónea y equivocada de que, después de todo, es preferible en las actuales circunstancias aceptar aquel objeto que se presenta tan seductor y, cerrando los ojos al aspecto moral, presentará a la voluntad aquel objeto pecaminoso como un verdadero bien, es decir, como algo digno de ser apetecido.

[...] El entendimiento, ofuscado por las pasiones, ha incurrido en el fatal error de confundir un bien aparente con un bien real”.¹⁶

En esta perspectiva, por ejemplo, el hombre será llevado a mentir para “evitar un mal mayor”, a robar para “equilibrar las riquezas” o a cometer un asesinato para “defender el bien común de la nación”...

“Es psicológicamente imposible que la voluntad se lance a la posesión de un objeto si el entendimiento no se lo presenta como un bien”

“Sin mí nada podéis hacer”

Con mucha razón, afirmaba el Cardenal Ratzinger: “El camino elevado y arduo que conduce a la verdad y al bien no es un camino cómodo”.¹⁷ Al respecto, Santo Tomás enseña: “En el estado de corrupción, el hombre ya no está a la altura de lo que comporta su propia naturaleza, y por eso no puede con sus solas fuerzas naturales realizar todo el bien que le corresponde. Sin embargo, la naturaleza hu-

mana no fue corrompida totalmente por el pecado hasta el punto de quedar despojada de todo el bien natural [...]. Es como un enfermo, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mientras no sea curado con la ayuda de la medicina”.¹⁸

Este unguento sobrenatural es la gracia divina. Sin ella, en la expresión del P. Philippon, “un abismo infranqueable separa a la criatura de su Creador”.¹⁹ y el hombre se ve abandonado a su propia debilidad, en el dilema entre el bien deseado y las solicitudes de la concupiscencia. La gracia “es un auxilio entregado por Dios al hombre para hacerlo querer lo que es bueno y actuar bien”,²⁰ sin cuya asistencia se vuelve una quimera la plena fidelidad a la sindéresis, e imposible a la familiaridad con Dios.

Cuando meditamos sobre la Sagrada Cena y repasamos las palabras de Jesús: “Sin mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5), quizá no medimos la extensión de ese “nada”, y el sentido en que debe ser entendido. La plenitud de la libertad reservada a cada uno de nosotros jamás será alcanzada sin que el Redentor nos ampare en lo íntimo de nuestro ser y nos guíe, Él mismo —siempre con el asentimiento de nuestra voluntad—, a todas las formas de bien.

¹ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilía XII sobre las estatuas*. PG 49, 131-134.

² PAUL BLOOM. *The Moral Life of Babies*. In: *The New York Times Magazine*, 9 de mayo de 2010, p. MM44. (Versión online: <http://www.nytimes.com/2010/05/09/magazine/09babies-t.html?pagewanted=1&r=1>)

³ Ídem. Uno de los vídeos de algunos experimentos está accesible en la página Web mencionada antes.

⁴ HAMLIN, J. Kiley; WYNN Karen; BLOOM Paul. *Social evaluation by preverbal infants*. In: *Nature*. London, 2007, v. 450, pp. 558-559.

⁵ Santo Tomás llama a la sindéresis de “hábito especial natural” (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*, I, q.79,

art.12, resp.); una disposición interior innata, que actúa como un *habitus*: “El hábito de los primeros principios, que es llamado sindéresis” (Idem, I, q.79, art.13, ad 3.). Sobre los hábitos, su naturaleza, posibilidad de pérdida o disminución, Santo Tomás lo trata en profundidad en la *Suma Teológica*, I-II, q.49-54.

⁶ PABLO VI. *Audiencia general*, 13/7/1977.

⁷ RATZINGER, Joseph. “Elogio della coscienza: il brindisi del Cardinale” In: *Il Sabato*, 16/3/1991, p. 83-91.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*. q. 16, a. 2, sol.

⁹ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ, OP, Victorino. *Temas - Clave de humanismo cristiano*. Madrid: Speiro, 1984, p. 134.



La plenitud de la libertad reservada a cada uno de nosotros jamás será alcanzada sin que el Redentor nos ampare en lo íntimo de nuestro ser

“La Santa Cena” - Basílica de Notre-Dame, Montreal (Canadá)

Bajo la influencia de la gracia comienza a secarse el pantano del error y nos hacemos capaces de dirigir nuestras acciones conforme los criterios más nobles, porque pasan a pertenecernos más que las solicitudes inferiores. Nace la fuerza para cumplir los buenos propósitos, se calman las pasiones, la *fomes peccati* deja de ser avasalladora y se establece una armonía semejante a la que poseía nuestro padre Adán en el Paraíso. El Apóstol de los gentiles, habiendo rogado al divino Maestro que le liberase “del agujón de la carne”, recibió la más consoladora de las promesas: “Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad” (2 Co 12, 9).

La voz de la integridad

En la maravillosa trayectoria de sus veinte siglos de existencia, la Santa Iglesia ha sido transmisora de la gracia y educadora de los pueblos. Fiel a

los designios de su Fundador, ha sabido llevar al mundo entero la saludable medicina de los Sacramentos y curar a fondo la naturaleza humana herida por el pecado. Bajo su influencia, floreció la verdadera moralidad.

Hoy, no obstante, tal vez más que nunca, innumerables de nuestros coetáneos parecen estar empeñados en andar por caminos muy diversos, arrastrando a un incontable número de almas a buscar en las prácticas más reprochables y pecaminosas la felicidad que éstas no le pueden dar. En algunas sociedades parece que han sido calmadas las legítimas aspiraciones del alma humana para alimentarlas con un veneno de muerte, cuyas lamentables consecuencias todos podemos constatar.

Es el momento de no olvidarse que en el corazón del hombre siempre palpitarán santos anhelos y el inextinguible deseo de encontrar en

esta vida reflejos de la eterna bienaventuranza y preguntarse cómo re- vigorarlos o hacerlos renacer.

Quando el Papa Juan Pablo II lanzaba desde la Cátedra de Pedro el grito: “La Iglesia necesita santos”,²¹ lo hacía sabiendo que era el ejemplo de los justos el medio más poderoso de suscitar en las almas el sentido moral adormecido. Pues la mera presencia de un bienaventurado es poderosa voz capaz de alcanzar, sin retóricas o argumentos, la zona más profunda del corazón humano.

Al desear la santidad y procurar caminar rumbo a la perfección, podemos estar seguros, por lo tanto, de que el testimonio vivo de nuestra integridad será un eficaz instrumento para liberar y robustecer en las almas el sentido moral entorpecido por el relativismo del mundo moderno. Esto confiere un grandioso sentido a nuestra vida cristiana. ✧

¹⁰ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología Moral para seglares*. 7.^a ed. Madrid: BAC, 1996, v. I, p. 157.

¹¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1793.

¹² “En un acto particular, el juicio universal de la sindéresis es destruido cuando alguien elige pecar. Porque en esta elección, la fuerza de la concupiscencia, o de otra pa-

sión, absorbe tanto la razón que el juicio universal de la sindéresis no es aplicado al acto particular. Pero eso no destruye a la sindéresis en su conjunto, sino únicamente en cierto sentido. Por lo tanto, absolutamente hablando, concluimos que la sindéresis nunca es destruida” (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De Veritate*. q. 16, a. 3, resp.). Véase también *Scriptum su-*

per sententiis, l. 2, Dist. 39, q. 3. a. 1.

¹³ ROYO MARÍN, OP, op. cit., p. 158.

¹⁴ MONGILLO, OP, Dalma- zio. In: *Suma Teológica*. São Paulo: Loyola, 2005, v. IV, p. 289.

¹⁵ ROYO MARÍN, OP, op. cit., p. 232.

¹⁶ Ídem, p. 233.

¹⁷ RATZINGER, Joseph, op. cit.

¹⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*, I-II, q. 109, a. 2, resp.

¹⁹ PHILIPON, OP, Marie Michel. *Los dones del Espíritu Santo*. 2.^a ed. Madrid: Palabra, 1985, p. 251.

²⁰ NICOLAS, OP, Jean-Hervé. In: *Suma Teológica*. São Paulo: Loyola, 2005, v. IV, p. 839.

²¹ Mensaje para la XX Jornada Mundial de la Juventud, 6/8/2004.

El Milagro Eucarístico de Ámsterdam

Un milagro que ocurrió en la tranquila Ámsterdam del siglo XIV es aún hoy fuente de devoción eucarística para los miles de católicos que participan en la “procesión del silencio”.



Aldo Leone

Corría el invierno del año 1345. Ámsterdam, capital de los Países Bajos, en aquel tiempo era un pueblo pesquero a las márgenes del río Amstel. En la fría noche del 15 de marzo, pocos días antes del Domingo de Ramos, el párroco fue solicitado para que atendiera a un enfermo que residía en la actual calle Kalver. El ministro de Dios acudió sin tardanza y le administró la Unción de los Enfermos y la Sagrada Comunión. Unos instantes después de que se marchara el sacerdote, el infortunado doliente, a causa de la violenta enfermedad que sufría, se vio obligado a vomitar en una vasija, donde también fue arrojada la Hostia consagrada. Sin comprobar previamente el contenido del recipiente, su esposa o una enfermera —no se sabe a ciencia cierta quien fue— lo echó al fuego de la chimenea.

Antes del amanecer, cuando regresaba a la habitación del paciente, se fijó casualmente en las llamas y, con enorme sorpresa, vio cómo flotaba sobre ellas

el Pan eucarístico, en perfectas condiciones, como si acabase de ser consagrado en ese momento. Alargó la mano y, sin quemarse, sacó del fuego la Sagrada Forma, la puso en una caja y salió en seguida a comunicárselo al sacerdote. Éste se apresuró en volver al lugar, recogió la milagrosa Hostia y se la llevó a la iglesia.

Sin embargo, al día siguiente, cuando la mujer abrió accidentalmente la caja donde había depositado la Sagrada Hostia, ¡oh, qué sorpresa!, se la encontró otra vez allí. Acto seguido fue a llamar al párroco quien la trasladó de nuevo al templo. El mismo prodigio se repitió aún una vez más.

Dios quería hacer público ese hecho milagroso

Al percibir en esa insistencia una señal de que Dios quería que lo ocurrido fuera hecho público, el sacerdote organizó entonces una solemne procesión para llevar de vuelta a la iglesia parroquial al Santísimo Sacramento. El Obispo de Utrecht, Mons. Jan van Arkel, declaraba al año siguiente la autenticidad del milagro, y dos años más tarde se construía una iglesia en el lugar donde había ocurrido.

Desde entonces se realizaría anualmente, a mediados de marzo, una magnífica procesión para celebrar ese gran acontecimiento. En ella participaban personajes ilustres, como el archiduque Maximiliano de Austria, quien



Antiguo grabado que reproduce la escena del milagro: la Hostia preservada en medio de las llamas

sería más tarde el emperador Maximiliano I. Esa manifestación popular en alabanza a Jesús Sacramentado sería prohibida en 1578, cuando la administración de la ciudad pasó a manos de los burgomaestres calvinistas. Éstos confiscaron la capilla erigida en homenaje al mencionado prodigio y acabó por ser demolida en 1908, a pesar de las protestas de los católicos, quienes se ofrecieron a comprarla.

Durante el período de la prohibición del culto público, las celebraciones de la Santa Misa y otros actos católicos de piedad se realizaron en casas particulares o en edificios sin la apariencia externa de un templo religioso, que en el siglo XIX serían conocidos como las *iglesias escondidas*.

Las beguinas

Muy cerca del lugar del milagro estaba la capilla del *beguinaje*, un conjunto de edificios dispuestos en torno a un patio arbolado en los que residía una agrupación de mujeres denominadas *beguinas*. Éstas vivían en comunidad —sin hacer los votos clásicos de la vida religiosa—, dedicadas a la oración y a la atención a los enfermos, los pobres, los huérfanos y cualquier tipo de necesitados. Su regla les imponía únicamente obediencia al párroco del lugar y el celibato mientras permaneciesen en la colectividad.

A las *beguinas* también le confiscaron su capilla. Alrededor del año 1665 pidieron autorización a la municipalidad para poder construir una nueva. El permiso le fue concedido con la condición de que el edificio tuviera las características de una *iglesia escondida*. En este templo, consagrado a San Juan Bautista y a Santa Úrsula, se mantiene desde entonces la Adoración Eucarística diaria, en recuerdo del milagro ocurrido en 1345.¹

La Procesión del Silencio

Según narra el actual rector de la capilla, el P. Eugène van Heyst, SSS, un hombre llamado Joseph Lous-



Capilla de las Beguinas, en Ámsterdam, donde se mantiene la Adoración Eucarística diaria, en recuerdo del milagro ocurrido en 1345

bergh descubrió en 1881 un documento fechado en 1651 que describía detalladamente las procesiones medievales realizadas en conmemoración de ese milagro. Entonces, decidió recorrer, acompañado por un amigo suyo, el mismo trayecto que el de la antigua procesión, como un acto de adoración a Jesús Sacramentado. Así lo hicieron, pero en silencio y sin ninguna clase de manifestación externa de devoción, debido a las restricciones impuestas al culto católico por las autoridades calvinistas.

Su idea fue acogida con entusiasmo por los católicos holandeses y todos los años iba aumentando el número de fie-

les que se sumaban a ella. Se formaba de esta manera la Cofradía de la Procesión del Silencio. Desde aquella época, el primer domingo después del 12 de marzo, se viene realizando anualmente la silenciosa procesión, en el tramo de la medianoche a las cuatro de la madrugada, horario que se presume hubiera tenido lugar el milagro. En nuestros días, cerca de diez mil personas participan en ella. Muchos ven en ese acto de piedad la continuación del Milagro Eucarístico de Ámsterdam. ✧

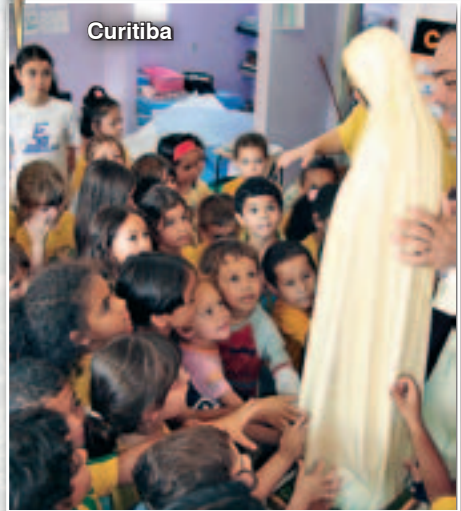
¹ La Hostia milagrosa ya no se conserva. Empezó a deteriorarse 2 años después de que ocurriera el milagro.



Cerca de diez mil personas participan anualmente en la Procesión del Silencio en recuerdo del milagro eucarístico. En el destaque el cartel anunciador del evento



Promoviendo, de norte a sur, la devoción a María



Curitiba

Incansablemente, la Caballería de María —comunidad itinerante de los Heraldos del Evangelio— recorre el inmenso país-continente brasileño realizando Misiones Marianas a pedido de los respectivos párrocos.

De modo metódico, los miembros de esa comunidad visitan los hogares, oficinas y establecimientos comerciales de la feligresía atendida, con la imagen de la Virgen. A todos les llevan una palabra de Fe, de aliento y de esperanza, pero a la vez preparan una lista de los Sacramentos que los fieles necesitan recibir y les estimulan a participar de manera efectiva en la vida parroquial, explicándoles incluso la importancia de contribuir económicamente. El interés manifestado por el bien espiritual de cada uno, es para muchos ocasión de auténticas conversiones.

Esta meticulosa labor de infundir el fervor en los fieles ha sido bendecida de sobremanera por la Divina Providencia, y de ello son testigos inmutables los celosos párrocos que van a clausurar cada Misión Mariana en sus iglesias abarrotadas como nunca. Así lo atestiguan las expresivas fotografías estampadas en estas páginas.



São Jorge do Ivaí



Quintana



Anhumas



Monte Castelo



Buri



Ipatinga



Itambé



Astorga



Itapeva



Prata



Ipatinga



Quintana



Maringá

Calurosos saludos a los nuevos Cardenales



Cardenal Robert Sarah



Cardenal Mauro Piacenza



Cardenal Paolo Sardi



Cardenal Gianfranco Ravasi



Cardenal Raymond Burke



Cardenal Angelo Amato, SDB

“*V*isita di calore” es el término con el que se designan las visitas que se hacen a los nuevos Cardenales al día siguiente de su creación. Esta tradicional expresión describe muy bien el afecto que los fieles en general,

y los Heraldos en particular, manifestaron a los 24 nuevos miembros del Sacro Colegio al saludarles por su nombramiento. En las fotos, Heraldos del Evangelio de Roma con algunos de los nuevos Príncipes de la Iglesia.



Ruanda – Una Misa solemne marcó la entrega de los primeros Oratorios a los parroquianos de la catedral de Butare, el primer sábado de diciembre.



Italia – Heraldos participan en Mira en la procesión en honor a Nuestra Señora de los Caballeros, presidida por Mons. Valter Perini, representando al Patriarca de Venecia.



España – Los fieles de Villasequilla (Toledo) entran en procesión con la imagen peregrina de la Virgen para realizar una semana de Misión Mariana en ese pueblo.



España – En el día de su fiesta, la patrona de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias fue llevada en procesión por los Heraldos por el centro histórico de Valencia.



Estados Unidos – En la parroquia de San Juan Vianney, en Orlando (Florida), fieles veneran a la imagen peregrina durante la jornada denominada “Un día con María”, dedicada a la devoción al Santo Rosario.



Holanda – Heraldos participaron en el evento organizado por el episcopado holandés en la ciudad de Den Bosch, con el objetivo de despertar en los jóvenes la vocación religiosa.



Brasil – Mons. Irineu Roque Scherer, Obispo de Joinville, celebró una Misa el primer domingo de Adviento en la casa de los Heraldos de esa ciudad e inauguró el Belén que allí habían montado. Siempre tan paternal, Mons. Roque Scherer conversó con todos y concedió también una breve entrevista a la cadena de Televisión del Grupo RBS.



México – Varias parroquias de los barrios populares de la Archidiócesis de Acapulco, entre ellas, San José, en Tres Palos (en las fotos), recibieron la visita de la imagen peregrina. Después de la Misa, los Heraldos dieron una breve explicación sobre el mensaje de Fátima y la devoción al Rosario.



Chile – En el Día de la Oración por Chile se realizaron multitudinarias procesiones en honor a la Virgen del Carmen, patrona del país, pidiendo por el bienestar de la nación. En las fotos, los Heraldos participando en la procesión y en la Eucaristía en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, en la comuna de Quilpué (Valparaíso).

El Magisterio pontificio y las universidades católicas

¿Qué distingue a una universidad católica de las demás instituciones de enseñanza? ¿Cuál es el papel del Magisterio pontificio, en la Iglesia y en la sociedad civil? ¿La moral cristiana está en crisis? El arzobispo Mons. Jean-Louis Bruguès esclarece para nuestros lectores éstas y otras cuestiones de actualidad.

D. Louis Goyard, EP

El Cardenal Zenon Grocholewski ha recordado recientemente la necesidad de que las universidades católicas conserven su propia identidad. ¿Podría exponernos las dificultades que afrontan para mantener sus características en un mundo secularizado?

A menudo me pregunto cuál será el primer reto, o el desafío más importante, que en la actualidad es lanzado a la enseñanza católica, tanto a la superior, en las universidades, como a las demás escuelas. Y respondo: vivimos en sociedades pluralistas. Pluralistas desde el punto de vista cultural y religioso, y mientras más se manifiesta ese pluralismo, más cada uno de nosotros se vuelve para su identidad: “¿Quién soy yo en medio de todos los demás?”. La cuestión de la identidad es más apremiante, más relevante hoy que hace veinte o incluso cuarenta años.

Por lo tanto, nuestras instituciones se enfrentan a una elección. Antes de nada, debemos decir que la mayor parte goza de buena reputa-

ción, por su excelencia en materia de formación, de atención personal, del nivel científico alcanzado. Las escuelas y universidades católicas son apreciadas, un poco por todas partes, en el mundo entero, y eso es un motivo de orgullo para nuestra Congregación. Pero si sólo tiene como objetivo la calidad, entonces surge de inmediato la pregunta: “¿Qué diferencia a una escuela o universidad católica de las otras?”.

No se trata, por tanto, de conservar la identidad, sino de reencontrarla en este nuevo contexto. La identidad católica es, en el fondo, esa mezcla —magnífica, pero también difícil— entre la apertura a lo universal y la confesión de una Fe particular, que es la Fe católica.

En la Constitución Apostólica “Ex Corde Ecclesiae” se dice que las actitudes y los principios católicos deben penetrar y conformar toda la vida de las universidades católicas...

Esto varía mucho según el país. Yo diría que existen dos puntos en

los cuales la identidad católica se manifiesta con predilección.

El primero es el de la enseñanza. Deseamos que todas las universidades católicas —en las que a nadie se le obliga a matricularse— den de manera obligatoria a todos los alumnos una formación en antropología cristiana, en ética cristiana y una pequeña iniciación a la teología. No para forzarlos a convertirse en católicos —no se dejarían forzar—, sino para decirles: “Tenemos una tradición, una visión del mundo, de la sociedad, de la Historia, y os la comunicamos a vosotros. Sois libres de aprovecharlas como mejor os parezca”. Respetamos, por tanto, la libertad de conciencia.

Hay un segundo punto que yo llamaría “pastoral”: una universidad católica es un lugar donde se debería poder rezar, se debería poder celebrar el misterio cristiano. Por lo tanto, es necesario que exista una capilla de fácil y constante acceso al público que marque el centro vital y simbólico al mismo tiempo.

Añadiría que debería existir en todas las universidades católicas una



“La identidad católica es, en el fondo, esa mezcla —magnífica, pero también difícil— entre la apertura a lo universal y la confesión de una Fe particular”

facultad de teología. La iniciación a la cultura cristiana y a la visión cristiana del mundo y de la sociedad le compete de modo privilegiado a la facultad de teología, que proporcionaría enseñanzas a todas las otras facultades de la universidad.

“Ex Corde Ecclesiae” alienta la íntima relación entre las actividades de una universidad católica y la misión evangelizadora de la Iglesia. ¿No cree usted que hay aún, a este respecto, un largo camino por recorrer?

Una vez más, depende de cada lugar. No sé si debería mencionar alguna nación, pero, en fin, hace un año y medio viajé a Chile, visité cinco universidades católicas y me quedé fascinado con la calidad de lo que veía. Es decir, instituciones que figuraban, desde el punto de vista de competencia profesional, entre las mejores del país, a tal punto que cuando estaba en proyecto alguna reforma educativa, los ministros, de buen grado, se dirigían a ellas para solicitarles su opinión.

También eran instituciones en las que la identidad cristiana estaba

marcada de modo inmediato y sencillo. Al llegar de improviso a una de ellas, en un día entre semana, quise presidir la celebración de la Misa, sin que los alumnos hubieran sido avisados. Pues, había 800 en la capilla... Por lo tanto, hay sitios donde nuestras universidades católicas alcanzaron efectivamente una calidad que llamaría ejemplar.

No todas han llegado a ese nivel, pero en los casi tres años que llevo de trabajo en la Congregación constato que existe un movimiento general —más o menos rápido, más o menos profundo, según el lugar— hacia la reafirmación de la identidad cristiana en las sociedades tal como hoy se desarrollan.

¿Cuáles son, en su opinión, las principales cualidades que deberían adornar a un profesor universitario en nuestros días?

Mire, los docentes de una universidad católica no son todos católicos. Debemos pedirles entonces que, al menos, manifiesten buena voluntad ante la tradición católica y, por ejemplo, no la critiquen. Pero, en relación con los profesores que se presentan

como católicos, somos sensibles no sólo a lo que dicen, sino también a lo que hacen. El profesor católico necesita, por tanto, aliar la calidad de enseñanza transmitida a la calidad de vida, al testimonio de vida y a la confesión de su Fe personal.

El “Proceso de Bolonia” ha exigido de la Congregación para la Educación Católica bastante atención en estos últimos años. ¿En qué consiste este Proceso?

El *Proceso de Bolonia* empezó hace casi diez años y hemos llegado al final de la primera etapa, de la primera década. Originariamente se restringía a los países de Europa, veintisiete, pero a lo largo de los años otras naciones se han interesado por él, de manera que hoy son ya 47 los países implicados.

Sus objetivos son simples de enunciar (lo de realizarlos, es otra cosa): la estandarización de los diplomas, de tal forma que en todos los países que participan en el *Proceso de Bolonia* —sobre todo los que ratificaron la Convención de Lisboa— los mismos diplomas correspondan al mismo nivel de estudios, y los estudian-

tes puedan, si lo desean, cambiarse de un centro a otro, de una universidad a otra o de un país a otro. La primera preocupación es, por tanto, la estandarización de los diplomas, para llegar a la segunda preocupación: la fluidez o movilidad, tanto de los estudiantes como de los profesores.

Se podría decir que, después de diez años, es notoria la movilidad de los estudiantes, aunque pudiera ser mayor. La de los profesores es más compleja.

¿Qué es lo que está en juego ahí para la Iglesia? ¿Cuáles son las esperanzas de la Congregación a ese respecto?

La Iglesia entró en ese *Proceso* no como Iglesia, pues sólo abarca a países, sino como Estado. Pues bien, el Estado de la Santa Sede se unió a él desde el principio. Evidentemente, el provecho que esperamos sacar de ahí es, en primer lugar, que una cultura de la calidad caracterice a nuestras universidades, como debe caracterizar a las universidades de los países integrantes. Ya sólo eso representa una ventaja y un estímulo para nosotros.

También esperamos, obviamente, que los estudiantes formados en nuestras universidades puedan tener reconocidos sus diplomas en otros países. Esto implica que el *Proceso de Bolonia* sea concretizado por convenios de país a país. Por ejemplo, la Santa Sede y la República Francesa firmaron en diciembre de 2008 un acuerdo de reconocimiento de diplomas y de títulos.

¿Existen desafíos específicamente notorios que destacar para hacer efectivo ese plan?

Estamos creando una conciencia a nivel europeo, antes de llegar a una concien-

cia universal. Los estudiantes entran de buena gana en ese *Proceso*, pero los Estados son más reticentes. ¿Por qué? Por que poseían más o menos, hasta ahora, un auténtico monopolio de los diplomas. Ahora bien, entrar en este *Proceso* es enajenar una parte de su soberanía en materia educativa, y esto, indudablemente, no es fácil en países que tienen —por decirlo así— tradiciones jacobinas.

Y los dirigentes de universidades, ¿cómo corresponden a las oportunidades ofrecidas por el “Proceso de Bolonia”? ¿Cómo acogen las nuevas perspectivas?

Nuestras universidades se caracterizan por la libertad de pensamiento y de expresión. Así, ante el *Proceso de Bolonia* encontramos una gama extremadamente amplia de reacciones, desde las más entusiastas hasta las más reservadas.

Creo que hoy la situación está cambiando. De hecho, nuestros establecimientos comienzan a darse cuenta de la importancia de esa estandarización, de esa fluidez, porque, por ejemplo, la teología —que era vista antes como, digamos, una ciencia de sacristía— se ha convertido hoy en una ciencia de interés general, como la medicina o la ingeniería. Se percibe, por tanto, el mé-



“Nuestras universidades se caracterizan por la libertad de pensamiento y de expresión. Así, ante el *Proceso de Bolonia* encontramos una gama extremadamente amplia de reacciones”

rito de ese *Proceso*. Aunque también se pueden evaluar las dificultades de aplicación. Es necesario que los créditos, por ejemplo, sean los mismos en todas partes, con el mismo número de horas, y eso implica revisiones quizá difíciles de llevar a cabo.

Considerando encíclicas como “*Humanae vitae*”, de Pablo VI, o “*Veritatis splendor*”, de Juan Pablo II, ¿cómo describiría usted el papel del Magisterio en la ética de las últimas décadas?

Hay que distinguir entre el papel del Magisterio en la Iglesia y en las sociedades civiles. Lo que denomina doctrina social de la Iglesia es, en realidad, una doctrina moral sobre la familia, la vida económica, política, social, y también la cultura. *Veritatis splendor* aporta una novedad considerable, ya que es una encíclica en la cual, por primera vez en la Historia de la Iglesia, son tratados los fundamentos de la moral.

El papel del Magisterio en el interior de la Iglesia —apoyándose evidentemente en la palabra de Dios, pero también en la ley natural— es el de proponer al Pueblo de Dios, así como a todos los hombres de buena voluntad, principios generales de conducta de vida, además de normas concretas y particulares. Este segundo aspecto es el que habría dado motivo a la “disensión”, al “*dissensus* de los teólogos” en los años 70-80, y la encíclica trata precisamente de dar respuesta a ese *dissensus*.

En las sociedades civiles —ampliamente secularizadas y a menudo multiculturales, pluralistas, desde el prisma religioso—, diría que el Magisterio es casi sistemáticamente criticado y cuestionado. Una sociedad secularizada es aquella que no consiente magisterio alguno, sobre todo, si es de naturale-

za religiosa, que pretenda expresar principios y normas en nombre de una referencia superior al siglo, que haga —digamos— un llamamiento a una transcendencia, sea religiosa, sea metafísica. Por lo tanto, no criticará al Magisterio sólo por afirmar tal o cual proposición que no le agrade, sino por pronunciarse *como* magisterio. Esto es un aspecto crítico e inevitable. Ciertamente que los medios de comunicación, muchos de los cuales se consideran el nuevo magisterio de las sociedades secularizadas, serán los más críticos ante cualquier magisterio, en especial el religioso.

Al mismo tiempo, sin embargo, constato que la Iglesia es mucho más interrogada que en el pasado, como si fuera una referencia permanente en las generaciones que se cuestionan el sentido de la vida; tal vez incluso *la* referencia, que se pronuncia a respecto de las cuestiones fundamentales del sentido de la vida.

¿Qué relaciones podemos encontrar entre el “Catecismo de la Iglesia Católica” y la encíclica “Veritatis splendor”, en la vía teológica y pastoral de la Iglesia?

Una encíclica busca dar una respuesta a problemáticas limitadas. Limitadas en el tiempo y a veces en el espacio. Éste es el caso de la *Veritatis splendor*, dirigida, sobre todo, a las opiniones corrientes en el medio católico anglosajón. Por lo tanto, una encíclica —excepto si tuviera una importancia de primer plano— no durará varios siglos. Su objetivo es de hecho la actualidad.

El Catecismo es totalmente diferente: su finalidad es poner a dispo-



“En las sociedades civiles, ampliamente secularizadas, diría que el Magisterio es casi sistemáticamente criticado y cuestionado”

sición del pueblo de Dios, y de todos los hombres interesados en la cultura cristiana, el patrimonio moral acumulado a lo largo de los siglos, e incluso de los milenios, y que engloba también el patrimonio de sabiduría de la humanidad. En el fondo, el Catecismo es un *compendium* —éste es el término que había sido escogido—, un *compendium* de sabiduría, no solamente para los cristianos, sino también para los no cristianos. Un catecismo debe durar mucho tiempo, como fue el caso del Catecismo anterior. En seguida, si en él fueran introducidas nociones muy actuales, en poco tiempo será superado.

¿Cómo debería ser abordada hoy la enseñanza de la Teología Moral en los seminarios y a nivel pastoral?

Me parece que estamos pasando de un modelo a otro. Se dice a veces

que la moral cristiana está en crisis. No creo que se trate de una crisis, pues la crisis marca un paroxismo tras el cual las cosas se restablecen. Ahora bien, lo que aquí se denomina “crisis” es en realidad un fenómeno que viene de largo, de varios decenios... Prefiero hablar de ruptura.

A finales del siglo XVI y principios del siglo XVII se instaló —primero en la Iglesia, después en otras confesiones cristianas, pero también más tarde, con Kant, en las sociedades— un modelo, llamado el modelo de las morales de obligación: “¿Por qué proceder de tal o cual manera?”. “Porque eso es necesario en nombre del Bien”. Me parece que ese modelo —el cual, repito, reinó tanto en la Iglesia como en las sociedades modernas— está desapareciendo, y andamos a la búsqueda de uno nuevo. Si retomase expresiones de Michel Foucault, diría que estamos pasando de una ética del código a una ética de la construcción de sí. En el fondo, la moral es aquello que permite al hombre aceptarse a sí mismo, construirse, después darse, en una sociedad más justa y fraterna. Y creo que vivimos un período difícil, pero al mismo tiempo apasionante, pues cambiamos de modelo y, evidentemente, es necesario tiempo y tacto para aprovechar ese nuevo modelo.

Por lo tanto, desearía que en los seminarios se presentase la moral no sólo bajo el prisma de las obligaciones, sino también bajo el del arte de vivir, de una estética de la existencia, digamos, de una sabiduría. ✧

Mons. Jean-Louis Bruguès nació en 1943 e ingresó en la Orden de Predicadores (los dominicos) en 1968. Es maestro en Ciencias Económicas y en Ciencias Políticas, doctor en Teología y profesor de Teología Moral Fundamental. Fue miembro de la Comisión Teológica Internacional, cuya función es la

de ayudar a la Santa Sede a examinar cuestiones doctrinarias de gran relevancia. Designado Obispo de Angers, Francia, recibió la ordenación episcopal en el 2000. El Papa Benedicto XVI lo nombró secretario de la Congregación para la Educación Católica y le confirió la dignidad arzobispal en el 2007.

Impulsor del apostolado laico

Anunciando de antemano el rumbo tomado por la Iglesia en el siglo XX, una intuición profética llevó a San Vicente Pallotti a valorar el apostolado de los laicos y conjugarlo armónicamente con los esfuerzos misioneros del clero.



Hna. Carmela Werner Ferreira, EP

Roma es de esas ciudades que parecen estar catalogadas en el reducido número de poblaciones que no tienen nada nuevo que aprender. Todo lo que la imaginación pueda concebir en materia de apogeo, esplendor, tragedia, peligro o transformación social, ya ha pasado de alguna manera dentro o en los alrededores de sus murallas. Sin embargo, Dios —que mucho la ama— encuentra siempre nuevas fórmulas para revelar en la Ciudad Eterna fulgores desconocidos en un orden superior y glorioso: la santidad de sus hijos.

Alguien afirmó acertadamente que el catolicismo echó raíces en Francia por el mérito de sus obispos, y en Inglaterra por la evangelización de sus monjes. Seguramente, diríamos nosotros, en la Urbe eso se debió a la acción de sus santos. Éstos contribuyeron, en un encadenamiento ininterrumpido, a hacer de Roma, además de la ciudad de los mártires, la de los bienaventurados, pues la Sede de Pedro estaría amparada por el sacrificio de los primeros y la virtud de los segundos.

Se puede escoger al azar cualquier período histórico de la Era Cristiana y encontraremos a más de un santo recorriendo las calles romanas, obrando prodigios y dando muestras de consumada virtud.

Hoy, cuando tanto se habla de la necesidad de un clero cada vez más devoto y misionero, fijemos por algunos instantes la atención en la figura de San Vicente Pallotti, cuya labor apostólica se desarrolló de un extremo al otro del corazón de la cristiandad.

Un niño deslumbrado con el gran Dios

El popular barrio de San Lorenzo in Damaso bullía de vitalidad en aquellos últimos años del siglo XVIII.

En el hogar de Pedro Pablo Pallotti, cuyo éxito como comerciante le proporcionaba una vida digna y estable, diez niños habían llenado de alegría la convivencia familiar. Vicente fue el tercero, y vino al mundo el 21 de abril de 1795. Algunos de sus hermanitos murieron en los primeros meses de vida, pero los

otros pudieron recibir de él la benéfica influencia emanada de un niño ejemplar.

Deslumbrado por las enseñanzas maternas a respecto del gran Dios inmolado en la Cruz, Vicente acudía todos los días a hacerle compañía en la iglesia parroquial. Aunque jugaba con los otros niños, en su interior permanecía absorto por las enseñanzas del bondadoso Jesús; en sus infantiles reflexiones no había nada que importara tanto como darle alegría.

Su madre, María Magdalena, percibió que las cualidades morales de su hijo no encontraban paralelo en el terreno de la inteligencia, pues ésta se revelaba muy discreta. Entonces llamó al pequeño para que juntos hicieran una novena al divino Espíritu Santo, implorándole aptitudes para el estudio. Después de eso, para sorpresa de todos, el intelecto del chiquillo se abrió y, reforzado por una prodigiosa memoria, le proporcionó abundantes recursos para el ejercicio de sus futuras actividades apostólicas.

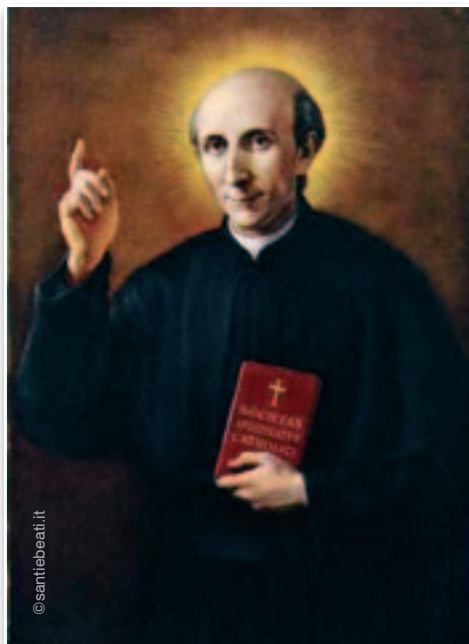
Perspectiva decisiva para su espiritualidad

Bastaba con relacionarse apenas un poco con Vicente para discernir en él los signos de su vocación sacerdotal. Amigo de la mortificación, de la oración y del apostolado, se revelaba insensible a las promesas y gozos mundanos, pero sus ojos brillaban de encanto simplemente al oír pronunciar el nombre de Jesús.

Así, con 15 años, le encontramos estudiando en el Colegio Romano y más tarde en la Universidad de Roma. Podríamos destacar el éxito de sus logros académicos, pero no llegaríamos al corazón de esta fase de su vida. Los estudios de Filosofía y Teología, más que hacer de él un hombre docto, le pusieron ante una perspectiva decisiva para su espiritualidad, abriéndole los horizontes a un aspecto de la divinidad por el cual se fascinó: la infinitud del Creador.

Las nociones clásicas de ser absoluto y ser contingente, la limitación esencial de las criaturas y la existencia de un Ser infinito, en el que todos los demás tienen su origen, impresionaron al estudiante que, innegablemente, recibió una gracia para penetrar de alguna manera en tal misterio. “Ese joven —escribe un biógrafo suyo— era consumido por la llama de una profundísima comprensión de la gloria, de la majestad e infinitud de Dios y del deber que todos los hombres tienen de glorificarle. [...] Quien lea sus escritos quedará profundamente impresionado por el ardor con que Vicente Pallotti abrazó este ideal”.¹

A partir de este período, se definió el norte de su existencia: glorificar a Dios en sus infinitos atributos, contando con el auxilio de la gracia para suplir la limitación de la naturaleza humana.



“¡No creas que eres incapaz de lograr menos que los mayores santos!”

San Vicente Pallotti, por Alfovino Missori

Pero Vicente sabía que la virtud teologal de la caridad posee un indisoluble desdoblamiento, sin el cual se puede dudar de su autenticidad: el amor al prójimo. Poco antes de hacerse sacerdote escribió: “Al saber [...] que existen muchas almas que, bien dirigidas, podrían hacer cosas grandísimas en el camino del Señor; muchos ignorantes que, bien instruidos, serían grandes santos [...]; y sabiendo aún que existe una gran multitud que sufre grandes enfermedades del espíritu, me motivaré a mí mismo a tener un gran deseo de instruir, iluminar, preparar, santificar, perfeccionar y convertir a todas esas almas, si fuera posible con perfección infinita de mi parte y de parte de ellas, con gloria infinitamente grande de Dios”.²

Empeñado en llevar adelante estos propósitos, recibió la ordenación sacerdotal el 16 de mayo de 1818, como miembro del clero secular. La fecundidad de su ministerio, fruto de la seriedad y entrega con que el santo abrazó su vocación, muestra

como todos esos anhelos terminaron por realizarse. Muy unido a la Virgen, la “casi infinita”, se lanzó con ánimo valeroso en las obras pastorales.

Docente y director espiritual

Sus primeros diez años de vida presbiteral estuvieron marcados por la docencia. Estaba demasiado bien instruido como para que sus superiores no desearan verlo ocupando alguna cátedra. Pero entre sus notables conocimientos de griego y la sed de almas que lo abrasaba, prevalecía ésta última. Al concluir esta etapa, se entregará por completo al apostolado, con la ventaja de poder actuar incluso en los medios estudiantiles.

La dirección espiritual ocupó siempre un importante papel en la vida de nuestro santo. Supo ejercerla de un modo tan excelente que fue nombrado director espiritual del Seminario Romano en 1827, y de la *Propaganda Fide* en 1835. Se reveló, en ese cargo, la personificación del Buen Pastor, dando muestras de una paciencia inagotable y una caridad inextinguible. Insistía en que sus dirigidos pudieran estar a su lado, y no expresaba nunca la más mínima molestia cuando le retenían mucho tiempo. Éstos no tardaron mucho en dar fe de la transformación espiritual propiciada por los encuentros con el padre Vicente, y concluir que era algo más que un buen sacerdote. Percibían lo mucho que Dios le amaba y se comunicaba con él.

De hecho, a pesar de que una humildad a toda prueba le llevase a disimular su vida mística, la luz no podía permanecer debajo del celemín. Lo acertado de sus consejos y su penetración en las almas denotaban un raro comercio con lo sobrenatural. Una tarde, por ejemplo, le aconsejó a un joven que se confesara en seguida, pero éste alegó que prefería ha-

cerlo otro día. El padre Vicente insistió y consiguió que se reconciliase con Dios poco antes de que falleciera, contra toda expectativa, aquella misma noche.

Carisma de profecía y discernimiento

Se sabe, de hecho, que San Vicente Pallotti fue favorecido con los carismas de profecía y discernimiento de los espíritus. Estas insignes gracias permiten interpretar los acontecimientos, predecir el futuro y penetrar en las conciencias, en beneficio de las almas de los que son orientados por él.

En diversas ocasiones el P. Vicente transmitía a los fieles la suerte que les esperaba. A su hermano de sangre, Salvatore Pallotti, le dijo una vez: “Dios te ha dado tres años más de vida”,³ previsión que se cumplió a rajatabla, pues cumplido el plazo mencionado murió. Y el santo, en ese momento, consoló a sus parientes comentando: “La Bienaventurada Virgen María, en cuyo honor Salvatore durante muchos años ayunó a pan y agua todos los sábados, no se olvidó de él”.⁴

Cuando confortaba a los enfermos, lo hacía una vez en estos términos: “Debemos resignarnos con la voluntad de Dios”, y en estos casos la muerte era segura; otras veces: “Tenga fe en la Virgen María”, lo que significaba que la recuperación era segura. Y su consejo no fallaba nunca.

Hechos semejantes a éstos abundaban en su proceso de canonización, y los testigos son unánimes en destacar el acierto de sus consejos, lo “inexplicable” de sus previsiones y la modestia con la que transmitía a los penitentes sus más íntimos secretos cuando intentaban ocultárselos.

Por otra parte, parecía que las alas de un ángel le protegían a cada minuto, pues andaba bajo la lluvia sin mo-



Gustavo Kralj

A pesar de todas las dificultades, la Sociedad del Apostolado Católico fue aprobada por Gregorio XVI, en 1835

Gregorio XVI - Basílica de San Pedro, Roma

jarse y en cierta ocasión fue tiroteado por un secuaz de Garibaldi, pero el disparo no le causó ningún daño. Estas noticias corrían de boca en boca, y cuando pasaba por la calle, la gente decía en voz baja: “¡Ese es el santo!”.

Celo y dedicación sin límites

“Vicente tenía un elevado concepto del especial deber que incumbía al clero de Roma”,⁵ hacia el cual las miradas del mundo entero siempre se volvieron, y deseaba que fuese perfecto, digno ornato de la diócesis del Sumo Pontífice. A tal fin, empezaba por dar el ejemplo de un celo y dedicación sin límites: puso en marcha gran número de cofradías; entusiasmaba a las almas generosas y las ponía al servicio de Dios y del prójimo; se condolía de los necesitados y no escatimaba esfuerzos en atenderlos, consiguiendo donativos y empleando con sabiduría las cantidades obtenidas. Todo lo que tocaba con sus unguadas manos florecía y una revitalización espiritual se operaba.

Nunca fue posible contar el número de moribundos asistidos por él, pero se sabe que uno de ellos fue San Gaspar del Búfalo, en cuyo proceso de canonización dio un importante testimonio. Reducía sus horas de sueño, para que cupieran en su día tantas obras de caridad. Rechazó categóricamente todas las promociones que le fueron ofrecidas, temiendo que por causa de los honores pudiera perder la oportunidad de salvar almas, para lo que le bastaba el oficio.

La Sociedad del Apostolado Católico

Un providencial acontecimiento, aparentemente común, vino a cambiar el rumbo de la vida de San Vicente Pallotti. De hecho, una de las más hermosas lecciones que los santos nos dan es su extremada sensibilidad a la voluntad de Dios. No tienen otra ley y se puede decir que poseen “oídos muy afinados” para discernir las mociones del Espíritu Santo en la época que viven.

Cierto día, un misionero le envió un pedido: quería que el P. Vicente promoviese la edición en lengua árabe de la obra, *Máximas eternas*, de San Alfonso de Liguorio, para auxiliar a la evangelización en Oriente. El santo siempre demostró especial interés por las misiones, pero estaba sin medios económicos para atenderle. Entonces le pidió a algunos laicos que llamasen de puerta en puerta y, “en nombre de Jesús crucificado”, pidiesen un donativo para tal fin. El resultado fue sorprendente, sobrepasando en mucho las expectativas. Por el empeño de esos hombres y mujeres, se realizó con pleno éxito la difícil empresa.

Vicente Pallotti meditó mucho sobre lo ocurrido y vislumbró en los lai-

cos un potencial poco explorado para realizar grandes hechos evangelizadores. Pasó a desarrollar un apostolado más específico con ellos y las constataciones no dejaban margen de duda: le corresponde a los laicos un importante papel en las obras de la Iglesia de Dios.

Esta intuición —calificada de profética por Pío XI, Juan XXIII y Pablo VI— llevó al santo a fundar, el 14 de abril de 1835, la Sociedad del Apostolado Católico, y dedicarle a ésta íntegramente sus quince últimos años de vida. El rumbo seguido por la Iglesia en el siglo XX y los documentos del Concilio Vaticano II, especialmente el decreto *Apostolicam Actuositatem*, serían la mejor confirmación de ese concepto, sin duda anunciador de lo que Dios pide a los bautizados en los días actuales.

La *Sociedad*, como la idealizó Pallotti, busca unir los esfuerzos del clero y de los laicos, armonizándolos con actividades conjuntas. A los sacerdotes les toca la dirección y la asistencia sacramental del grupo, mientras los laicos lideran múltiples actividades de apostolado. Habría mucho que decir sobre los innumerables sufrimientos que se abatieron sobre el P. Vicente en la lucha por la consolidación y reconocimiento de su Sociedad, pues el fundador siempre paga con el alto precio del holocausto el éxito de su fundación. Esta obra era querida por el Señor y su Madre y, por lo tanto, nadie podría impedirle. A pesar de las persecuciones, antipatías y escasez de recursos, prosperó.

El Papa Gregorio XVI escribió de puño y letra, en 1835, esta aprobación: “Su Santidad concede mil bendiciones a la Sociedad del Apostolado Católico y a to-

das las obras de celo y de piedad que la Sociedad emprenda”.⁶ Y hoy, herederos de los planes misioneros de un varón de grandes deseos, los hijos espirituales de San Vicente Pallotti realizan por todo el mundo las más diversas actividades evangelizadoras.

Partiendo rumbo a la Patria eterna

Su muerte, a los 54 años, fue considerada por muchos como prematura, pero San Vicente no pensaba así: “Que Dios me dé la longevidad que Él quiera y como quiera”.⁷ Recibió su última enfermedad —padece de los pulmones— como una dádiva, y se preparó con serenidad para romper el último velo que lo separaba de la posesión definitiva del Señor: el cuerpo. La noche del 22 de enero de 1850, rodeado por los sacerdotes de la Sociedad del Apostolado Católico, exhaló el último suspiro y partió para gozar, por los siglos eternos, de la visión del Dios infinito tan amado por él.

En nuestra época, cuando hasta el occidente cristiano asume las ca-

racterísticas de una gran zona de misión, el ímpetu evangelizador de San Vicente Pallotti nos repite este consejo: “¡No creas que eres incapaz de lograr menos que los mayores santos! Con la gracia de Dios, conseguirás metas aún más altas. Trabajemos, trabajemos incansablemente en la propagación de la Fe y en suscitador el amor por la infinita gloria de Dios”.⁸ ✧

¹ GAYNOR, SAC, Juan Santos. *San Vicente Pallotti*. Santa María: Pallotti, 1981, p. 24.

² Ídem, p. 31.

³ PISTELLA, SAC, Domenic. *Saint Vincent Pallotti – The Patron of Lay Apostolate*. New York: Knights of St. John, 1963, p. 63.

⁴ Ídem.

⁵ Ídem, p. 53.

⁶ Ídem, p. 61.

⁷ Ídem, p. 80.

⁸ SALES, Andrés de. In: *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2002, v. I, p. 440-441.



Los restos mortales de San Vicente Pallotti son venerados en el altar mayor de la iglesia de San Salvatore in Onda, en Roma. En destaque, su máscara mortuoria



El Centro Televisivo Vaticano recibe equipo de alta definición

Nuevas tecnologías al servicio de las comunicaciones de la Santa Sede ha sido el tema de la conferencia de presentación del nuevo equipo de rodaje televisivo fuera de estudio (Outside Broadcasting) en alta definición que utilizará a partir de ahora el Centro Televisivo Vaticano (CTV).

La adquisición del nuevo equipo “representa ciertamente la mayor inversión del CTV en los últimos años y quizá en toda su historia”, explicaba su director general, el P. Federico Lombardi, pero era algo que se hacía cada vez más necesario.

La transmisión en directo de las grandes celebraciones en la plaza de San Pedro y otros eventos que cuentan con la presencia del Santo Padre fue ampliada mucho en los últimos tiempos, añadió el P. Lombardi. Hoy son cerca de 200 retransmisiones por año. Por eso surge la necesidad de un equipo adecuado desde el punto de vista técnico, sin el cual la calidad de las imágenes se vería perjudicada y, por consiguiente, el mensaje del Papa.

Brasil: Aumenta la confianza en la Iglesia Católica

El resultado de una encuesta divulgado el 18 de noviembre, muestra que la Iglesia Católica pasó del 7.º al 2.º puesto en la relación de las instituciones más confiables de Brasil. En primer lugar se encuen-

tran las Fuerzas Armadas y en el último sitio los partidos políticos. La investigación fue llevada a cabo por la Escuela de Derecho de la Fundación Getulio Vargas y tomó como referencia el tercer trimestre del 2010.



Gustavo Kraij

El portavoz del Vaticano conmemora 50 años de vida religiosa

El P. Federico Lombardi —sacerdote jesuita, director general de Radio Vaticano, del Centro Televisivo Vaticano y de la Oficina de Prensa de la Santa Sede— conmemoraba el pasado 12 de noviembre sus 50 años de vida religiosa.

Nació en la ciudad italiana de Saluzzo en 1942. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1960 y tras su ordenación sacerdotal, sus superiores le transfirieron a Roma, donde prestó sus servicios durante once años en la revista cultural de la Compañía, *Civiltà Cattolica*. A continuación ejerció el cargo de superior provincial en Italia y finalizado su mandato de seis años fue nombrado director de programación de Radio Vaticano, y actualmente dirige todo el servicio informativo de la Santa Sede.

“Puedo decir con gran tranquilidad que nunca he hecho aquello que yo quería, sino siempre lo que me fue mandado por mis superiores”,

afirmó en una entrevista concedida a aquella emisora pontificia.

150 millones de telespectadores siguen la visita del Papa a España

Más de 150 millones de personas acompañaron a través de la televisión o de Internet los diversos actos de la visita del Papa Benedicto XVI a España, ocurrida los días 6 y 7 de noviembre, según las estimaciones hechas por la Conferencia Episcopal Española.

Sólo a través de la cadena de la televisión pública (TVE) más de 12 millones de telespectadores siguieron los diversos momentos de la estancia del Santo Padre en Santiago de Compostela y en Barcelona.

Las dos emisoras locales encargadas de producir la señal institucional en ambas ciudades —la Televisión de Galicia (TVGA) y la de Cataluña (TV3)— emplearon para ello recursos técnicos y humanos extraordinarios. Más de cien cámaras, sumadas las fijas y las que recorrían las calles en unidades móviles, e incluso un helicóptero, fueron usadas para la captación de las imágenes, retransmitidas por más de mil canales de televisión del mundo entero.

Cáritas Haití en acción tras el huracán Thomas

La Cáritas haitiana ha puesto en práctica un plan de emergencia para la distribución de suministros básicos de salud, alimentos, ropas, productos de higiene y agua potable a las más de veinte mil víctimas del huracán Thomas, que alcanzó el Oeste del país el pasado 5 de noviembre, destruyendo cerca de mil casas y dejando a miles de familias sin cobijo.

Esta nueva catástrofe natural agravó la ya complicada situación sanitaria de ese pueblo, que aún sufre las consecuencias del terremoto que mató por lo menos a unas doscientas cincuenta mil personas en enero de este año y que se enfren-

“Luz del mundo”, un libro para leer y meditar



“Espero que este libro sea útil para la fe de muchas personas”, comentó el Papa Benedicto XVI en la rueda de prensa donde fueron presentadas las distintas ediciones de la obra de Peter Seewald, *Luz del mundo — El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*.

“Es un libro para leer y meditar, para entender una vez más cómo la Iglesia puede ser en el mundo el anuncio de la Buena Noticia que trae alegría y serenidad”, afirmó Mons. Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, en la rueda de prensa del 23 de noviembre en la *Salla Stampa* de la Santa Sede.

En este libro-entrevista el Pontífice responde a las grandes cuestiones que marcan la teología del momento, a los diversos acontecimientos políticos y, en fin, a los interrogantes que ocupan a menudo gran parte del debate público. “Todos los temas —comenta Mons. Fisichella— que envuelven una posición por definir o causan un impacto cultural” son abordados con “simplicidad” y “profundidad”, sin eludir ninguna pregunta.

Algunas respuestas las ejemplifica el Pontífice con su testimonio personal: “Toda mi vida ha estado siempre atravesada por un hilo conductor, que es este: el cristianismo da alegría, amplía los horizontes”. Y más adelante: “En lo que respecta al Papa, también él es un pobre mendigo frente a Dios, todavía más que los otros hombres. Naturalmente rezo, en primer lugar, siempre al Señor, [...]. Pero invoco también a los santos”.

Benedicto XVI respondió igualmente a preguntas que podrían ser consideradas “embarazosas”. Así, no dudó en tratar las dificultades por las que pasa la Iglesia en la actualidad o sobre la ordenación sacerdotal de las mujeres. Y cuando Seewald le preguntó



Benedicto XVI en su biblioteca privada, con Mons. Rino Fisichella y el periodista Peter Seewald, con uno de los primeros ejemplares del libro

L'Osservatore Romano

si el cristianismo, tras dos mil años de existencia, no se habría agotado, como ocurrió con otras grandes culturas en la Historia, respondió:

“Si se mira superficialmente y sólo se tiene en el campo visual en el mundo occidental, podría pensarse de ese modo. Pero si se mira más a fondo [...], se ve que el cristianismo está desplegando al mismo tiempo una creatividad totalmente nueva. En Brasil, por ejemplo, hay por una parte un gran crecimiento de las sectas, a menudo muy cuestionables porque, en su mayoría, sólo prometen prosperidad, éxito exterior. Pero hay también nuevas eclosiones católicas, un dinamismo de nuevos movimientos, por ejemplo, los Heraldos del Evangelio, jóvenes llenos de entusiasmo que han reconocido a Cristo como el Hijo de Dios y lo llevan al mundo. Como me decía el Arzobispo de São Paulo, allá surgen continuamente nuevos movimientos. Por tanto, hay un vigor de surgimiento y de nueva vida”.

ta a la terrible epidemia del cólera. Por consiguiente, aumenta la labor de las instituciones católicas de asistencia, como Cáritas.

Los agustinos recoletos eligen a su nuevo prior general

El Capítulo General de la Orden de los Agustinos Recoletos elegía el

pasado 10 de noviembre a su nuevo prior general, fray Miguel Miró Miró, español, de 61 años, nacido en Tarragona.

Ingresó en la orden en 1975 y recibió la ordenación sacerdotal tres años después. Se licenció en Teología Espiritual en la Universidad Gregoriana de Roma, dedicando ca-

si toda su vida a tareas de formación y gobierno. Fue por dos mandatos sucesivos superior de la Provincia de San Nicolás de Tolentino. Desde el 2004 desempeñaba el cargo de vicario general.

El nuevo prior dirigirá durante los próximos seis años los 1.163 agustinos recoletos que viven en

195 comunidades esparcidas por 19 países. Cuentan con veinte obispos y administran nueve territorios de misión. Atienden 184 parroquias y mantienen 51 centros educativos con más de 75.000 alumnos en total.



Conferencia Episcopal Uruguayaya

La Santidad resume la enseñanza de la Iglesia Católica, dice nuevo obispo uruguayo

ACI – “La síntesis del Evangelio es la llamada a la santidad” afirmó

el 28 de noviembre en la Misa de su ordenación episcopal el nuevo Obispo de Minas (Uruguay), Mons. Jaime Fuentes.

El obispo, que fue ordenado ante una catedral colmada de feligreses, ofreció “transmitir con fidelidad lo que enseña la Iglesia, porque eso es lo que Jesús nos mandó. Y lo que la Iglesia enseña se resume en una palabra: Santidad”.

“Tengo que enseñar, por todos los medios posibles, que Jesucristo es el Camino, que Él es la Verdad, que sólo Él tiene la Vida para siempre”, afirmó Mons. Fuentes, durante la misa concelebrada por el Nuncio Apostólico, Mons. Anselmo Guido Pecorari y los obispos de Uruguay.

Tras afirmar que “Minas es la Virgen del Verdún y todo el Uruguay es de María en el Verdún”, el Obispo de Minas propuso erigir un

santuario que “refleje la gratitud de miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo uruguayo a la Madre de Dios” en el Santuario Nacional.

La Santa Sede crea un nuevo portal en Internet

El Vaticano ha creado una nueva página Web como “punto de conexión entre varios centros de producción de noticias de la Santa Sede, para agregarlas en un único medio”, informó el 16 de noviembre Mons. Claudio María Celli, presidente del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales.

Aunque mantendrá la independencia de cada uno de sus órganos informativos, el nuevo portal de Internet hará confluír las diversas fuentes de noticias de la Santa Sede como las de la Sala de Prensa, el periódico *L' Osservatore Romano*, Ra-

Presentada la Exhortación Apostólica postsinodal “*Verbum Domini*”

En una rueda de prensa en la *Salla Stampa* de la Santa Sede fue presentada, el pasado 11 de noviembre, la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*, en la que el Papa Benedicto XVI sintetiza las reflexiones y las propuestas del Sínodo de los Obispos que se realizó durante el mes de octubre de 2008 bajo el lema *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*.

El documento, compuesto por una introducción y tres partes —*Verbum Dei*, *Verbum in Ecclesia* y *Verbum Mundo*—, ha sido publicado en ocho idiomas (latín, alemán, español, francés, inglés, italiano, polaco y portugués) y forma, en su conjunto, un llamamiento apasionado del Papa hacia los Pastores, a los miembros de la Vida Consagrada y a los laicos, para que tengan una familiaridad cada vez mayor con la Sagrada Escritura.

Ésta es, explica el Pontífice en la primera parte, “la Palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada”. Por eso se venera tanto en la Iglesia los Libros

Sagrados, aunque el cristianismo no es una “religión del Libro”, sino la religión de Dios, “Verbo encarnado y vivo”. Por consiguiente, concluye, “la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar”.

En la tercera parte del documento, el Vicario de Cristo destaca que aunque los obispos, sacerdotes, diáconos y religiosos tienen una vocación especial, también los laicos “están llamados a ejercer su tarea profética, que se deriva directamente del Bautismo, y a testimoniar el Evangelio en la vida cotidiana dondequiera que se encuentren”.

En la entrevista intervinieron el Cardenal Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos, Mons. Gianfranco Ravasi, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura, Mons. Nikola Eterovic y Mons. Fortunato Frezza, secretario general y subsecretario del Sínodo de los Obispos, respectivamente.

La Adoración Eucarística Nocturna conmemora su bicentenario

Miembros de la Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia (FMOEI) procedentes de España, Estados Unidos, México, Perú, Colombia, Ecuador, Guinea Ecuatorial y de otros países se reunieron en Roma, del 17 al 20 de noviembre, para conmemorar el bicentenario del inicio de la Adoración Nocturna en el mundo.

Participaron, entre otros actos, en cuatro Misas, seguidas de Adoración Eucarística, celebradas en las basílicas de Santa María la Mayor, Santa María in Via Lata, Santa Anastasia y San Joaquín por los Cardenales Bernard Law, Stanisław Ryłko y Antonio Cañizares, así como por el arzobispo Piero Marini, presidente del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales.

Los congresistas acompañaron igualmente con vivo interés las conferencias pronunciadas por Mons. Juan Miguel Ferrer, Mons. Francisco Javier Froján, el P. Alberto Pacini y el Prof. Guzmán Carriquiry.

En la Misa de clausura, el Cardenal Antonio Cañizares Llovera, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, destacó en su homilía que adorar a Dios “es, en cierta manera, entregarse a Él, reconocer que somos de Él, dejar que Él viva en nosotros y sea nuestro Dueño y Señor”.

Durante la Audiencia General del día 17 de noviembre, el Papa Benedicto XVI recibió el saludo del presidente de la FMOEI, Eduardo Moreno, y dirigió unas palabras, en español, a los participantes del evento. En un mensaje enviado a través del Secretario de Estado, el Cardenal Tarcisio Bertone, el Santo Padre les invitaba a que obtuvieran en la Adoración de Jesús Sacramentado “fuerza suficiente para anunciar su mensaje de salvación a todos los hombres, practicando las obras de misericordia, siendo sembradores de justicia y paz y artífices de una sociedad más fraterna y solidaria”.

José Manuel Jiménez



Aspectos de la Vigilia Eucarística en San Joaquín in Prati, presidida por el Cardenal Antonio Cañizares Llovera

dio Vaticano, el Centro Televisivo Vaticano, la agencia *Fides* y la Congregación de Propaganda Fide.

Crece en Reino Unido el número de candidatos al sacerdocio

Aumenta “lenta, pero decididamente” el número de candidatos al

sacerdocio en Inglaterra y en Gales, informó el periódico *Catholic Herald*, el pasado 17 de noviembre. En los últimos meses del año pasado, los siete seminarios mayores ingleses recibieron a 56 nuevos seminaristas y, según el P. Stephen Langridge, presidente del Comité de Di-

rectores de Vocaciones, este aumento se acentuará más, como consecuencia de la reciente visita del Papa Benedicto XVI.

En la conferencia anual de directores vocacionales, realizada a principios de noviembre en el seminario de la Diócesis de Birmingham,

el P. Christopher Jamison, director del Centro Nacional para las Vocaciones, señaló la necesidad de recordarle a los jóvenes que Dios nos creó a cada uno de nosotros para prestarle un servicio bien definido. Cuando todos nos tomamos en serio esta consideración del Beato John Newman, añadió, “un número mayor de jóvenes descubrirá su vocación al sacerdocio o a la vida religiosa”.



Gustavo Kraji

El Papa expresa su gratitud al Cardenal Hummes

“En el momento en que Vuestra Eminencia deja el oficio de prefecto de la Congregación para el Clero deseo expresar mi más viva gratitud por el amor y la solicitud con que cumplisteis este delicado y exigente cargo”. Con estas calurosas palabras inicia el Santo Padre la afectuosa carta enviada al Cardenal Claudio Hummes tras aceptar su pedido de renuncia como prefecto de ese dicasterio, por razones de edad. La misiva, fechada el 7 de octubre, fue difundida por la Conferencia Episcopal Brasileña el pasado 23 de noviembre.

A continuación, el Papa recuerda los muchos años de ministerio sacerdotal y episcopal de Mons. Hummes, agradece al Señor “por el bien realizado en el largo y fiel servicio a la Iglesia” y le invita a que llene su ánimo de gozo y de paz por la “con-

ciencia de haber dedicado incansablemente, con alegría y competencia, toda vuestra energía por la causa del Reino de Dios”.

Benedicto XVI no oculta, finalmente, su complacencia de poder valerse aún de la cualificada experiencia del Cardenal como miembro del Sacro Colegio “en un terreno que está muy cerca de mi corazón”.

Mons. Claudio Hummes, religioso franciscano, nació en 1934. Fue Obispo de Santo André (Brasil), Arzobispo de Fortaleza y Arzobispo de São Paulo, donde se destacó especialmente por su papel armonizador. Asumió en el 2006 el cargo de prefecto de la Congregación para el Clero, al que renunció al haber alcanzado el límite de edad.

Mons. Fisichella: sin el cristianismo, Europa no estará realmente unida

Es en la unión en torno a la Fe cristiana donde los pueblos europeos encuentran la coexistencia y el progreso, advirtió Mons. Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, en un discurso pronunciado durante la *Noche de debates*, promovida por la Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea.

“Nuestro denominador común es fácilmente identificable en el cristianismo. Por ello, que nadie se ilusione sobre el futuro. No habrá una Europa realmente unida, prescindiendo de lo que ha sido”, añadió. Para progresar rumbo al porvenir, “necesita salir de una forma de neutralidad” en la que se ha encerrado y alertó contra esos “conatos de anticatolicismo cada vez más frecuentes en estos últimos años, presentes en diversos sectores de la sociedad”. De lo contrario, “la conclusión podrá ser sólo la de un ocaso irreversible”.



L'Osservatore Romano

Asamblea Plenaria de la Comisión Teológica Internacional

Al final de una semana de reuniones realizadas en la *Domus Sancta Marthæ*, en el Vaticano, bajo la dirección de su secretario general, el P. Charles Morerod, OP, los participantes de la Sesión Plenaria de la Comisión Teológica Internacional fueron recibidos en audiencia por el Papa el día 3 de diciembre.

El Pontífice los acogió agradeciendo las palabras de homenaje de su presidente, el Cardenal Joseph Levada, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y destacó que en la raíz de los tres importantes temas tratados en profundidad en la Asamblea está la experiencia de sentirse amado por Cristo y de amarlo. “Quien ha descubierto en Cristo el amor de Dios, infundido por el Espíritu Santo en nuestros corazones, desea conocer mejor a Aquel por el cual es amado y al cual ama. Conocimiento y amor se apoyan mutuamente. Como lo han afirmado los Padres de la Iglesia, el que ama a Dios es impelido a convertirse, en cierto sentido, en un teólogo”, afirmó.

Universidad alemana crea la cátedra de Atención Espiritual

Spiritual Care ha pasado a ser una asignatura obligatoria en la Universidad de Múnich, Alemania, con el fin de ayudar a los médicos a que presten una mejor atención a los pacientes en estado terminal, in-

Benedicto XVI crea 24 nuevos Cardenales

Tres importantes actos marcaron el Consistorio Ordinario Público, donde el Papa Benedicto XVI reforzó a la Santa Iglesia con la creación de 24 nuevos Cardenales: primero, la jornada de estudio y reflexión, el 19 de noviembre; después, la ceremonia de entrega de la birreta cardenalicia y de la asignación de un Título o Diaconía de una iglesia de Roma, el día 20; y, por último, la solemne Misa concelebrada al día siguiente.

En la homilía de la ceremonia realizada en la Basílica de San Pedro, el Papa recordó que Cristo vino al mundo para servir, no para ser servido. Éste es un mensaje que “vale para toda la Iglesia, vale sobre todo para aquellos que tienen la tarea de guiar al pueblo de Dios”, destacó. No es la “lógica del dominio”, sino la del servicio, la de la Cruz, “que está en la base de todo ejercicio de la autoridad”, añadió. A continuación les impuso el capelo a cada uno de los nuevos miembros del Sacro Colegio diciéndoles: “Es rojo como signo de la dignidad del oficio de Cardenal, y significa que estás preparado para actuar con fortaleza, hasta el punto de derramar tu sangre por el crecimiento de la Fe cristiana, por la paz y armonía entre el pueblo de Dios, por la libertad y la extensión de la Santa Iglesia Católica Romana”.

Durante la Misa concelebrada el domingo, el Santo Padre entregó el anillo cardenalicio. Tras reafirmar en la homilía su misión de proclamar la Fe en Cristo crucificado, subrayó que tanto el Papa como los Cardenales deben “pensar y actuar según la lógica de la Cruz”. Y precisó: “No estamos unidos por una idea, por una estrategia, sino por el amor de Cristo y de su Santo Espíritu”.

Tras el Consistorio, el tercero del pontificado de Benedicto XVI, el Colegio Cardenalicio pasa a estar compuesto por 203 miembros, de los cuales 121 son electores, o sea, que tienen derecho a participar en el conclave de elección de un nuevo Papa.

Entre los nuevos purpurados se encuentran: Mons. José Manuel Estepa Llaurs, Obispo Castrense emérito de España, Mons. Mauro Piacenza, prefecto de la Congregación para el Clero, Mons. Angelo Amato, SDB, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, Mons. Raymond Leo Burke, prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica y Mons. Gianfranco Ravasi, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura.



A la izquierda, el Cardenal José Manuel Estepa Llaurs. A la derecha, vista del altar de la Confesión durante la Misa de entrega de la birreta y de la Bula

forma la agencia *Deutsche Welle* (19/11/2010). La nueva cátedra responde a una exigencia de la OMS (Organización Mundial de la Salud), mediante la cual cualquier enfermo terminal tiene derecho a una ayuda médica, psicológica y espiritual.

“Capacitar a médicos jóvenes, e incluso a los más veteranos, a dar

atención espiritual lo vemos hoy como tarea de la Medicina”, afirmó el Prof. Eckhard Frick, uno de los creadores de la nueva cátedra.

Es una “disciplina experimental” y tiene un plazo de cinco años para afinarse. Está asociado a la Medicina Paliativa, especialidad obligatoria en los cursos de Medicina desde el 2009, y tiene como meta priorita-

ria mejorar la calidad de vida de los pacientes y de sus familias.

A diferencia de los capellanes de los hospitales, que trabajan por la Iglesia, los médicos prestan “atención psicológica y espiritual” en nombre de la Facultad de Medicina, asistiendo a pacientes de cualquier confesión religiosa, e incluso a los ateos, aclara *Deutsche Welle*.

La imagen del espejo



Edith Peiteler

Aquella monja que agonizaba pedía insistentemente algo que sus hermanas de hábito no lograban entender. Hasta que a una de las más jóvenes le pareció comprenderla...



Hna. Ana Rafaela Maragno, EP

Sor María Pureza del Inmaculado Corazón había sido una religiosa piadosa y observante de su regla. Entró en el convento siendo aún muy niña, con tan sólo 15 años, por una autorización extraordinaria del obispo. Allí vivió más de seis décadas y toda la comunidad la respetaba de manera especial, y hoy es venerada como una auténtica santa.

Su historia es muy interesante y bonita.

Había nacido en el seno de una familia acomodada y su nombre de bautismo era Magdalena María. La única niña entre cinco varones; su madre estaba embelesada con la pequeña; su padre también había mostrado predilección por la que llamaba “mi princesita”.

Ahora bien, todo esto le hizo ser muy vanidosa. Se pasaba horas delante del espejo, peinando sus largos cabellos, rubios y crespos, alisando sus finas cejas o simplemente contemplando sus enormes ojos azules. Creció muy mimada por su familia, incluso por sus hermanos, recibien-

do elogios por su innegable belleza: ¡Qué niña tan linda! ¡Qué muñequita! ¡Si parece una princesa...!

Magdalena se volvió orgullosa, arrogante y egoísta. A veces se acordaba de las clases de Catecismo preparatorias para la Primera Comunión, en las que había aprendido que la belleza más grande de una persona es la que refleja la humildad del alma y la pureza del corazón. Sin embargo, el espejo seguía atrayéndole... y de inmediato apartaba esos buenos pensamientos para caer nuevamente en la más intensa vanidad.

Una noche, no obstante, tuvo una pesadilla. Soñó que estaba admirándose como de costumbre en el espejo y, de pronto, su imagen se transformaba en la figura de un ángel que la miraba de manera severa. Escuchó, asustada, una voz fuerte que le dijo:

— Magdalena... Magdalena... ¿Por qué te preocupas tanto por tu apariencia? ¡El espejo es tu peor enemigo!

La niña se apartó de aquel objeto antes tan atrayente, pero no po-

día dejar de mirar la imagen que se había fijado allí. Y el ángel continuó diciendo, esta vez con una fisonomía más amena:

— Magdalena, si quieres ser bonita, ¡sé pura! ¡La pureza es la fuente de toda belleza!

Y desapareció...

La pequeña se despertó sofocada... ¿Qué es lo que había pasado? Fue en busca del espejo y se miró, ¡sólo vio su propia imagen! Entendió, desde lo hondo de su alma, cómo su orgullo y vanidad le iban a llevar por el mal camino.

Al día siguiente, se dispuso a visitar a las monjas del monasterio de su ciudad, para pedirles una orientación. La madre superiora la acogió amablemente y le recomendó que tuviera mucha devoción a la Virgen, Reina de los Ángeles y Madre Purísima, pues nadie en la Tierra había sido tan hermosa como Ella, justamente por su pureza virginal.

Magdalena tomó en serio el consejo de la religiosa y su vida cambió de manera radical. Se volvió humilde y diligente, ayudaba a todos los

que a ella acudían, y únicamente se miraba en el espejo lo necesario para estar presentable. Nació así en su corazón el deseo de reparar sus anteriores faltas. Decidió ser religiosa e hizo el propósito de no mirarse nunca más en un espejo.

Tras vencer diversos obstáculos, entre ellos la incomprensión de sus padres y su corta edad, hecho que merecía una autorización especial, consiguió entrar, por fin, en las paredes benditas del monasterio, donde anhelaba llevar una vida pura, humilde y virtuosa, y donde en ninguna celda había espejos...

Recibió el nombre de Sor María Pureza del Inmaculado Corazón y cumplió su propósito con perfección. Obediente y con recogimiento, cuando su función consistía en ir a por agua a la fuente para la cocina, lo hacía con los ojos cerrados, para no ver el reflejo de su imagen en el agua. O

si le era asignada lavar la ropa del convento, evitaba mi-

rarse en las grandes pilas de la lavandería.

Su devoción a la Santísima Virgen era notoria. Continuamente la veían rezando a los pies de las bellas imágenes de María que había en la capilla o en el claustro, especialmente ante la del Inmaculado Corazón. Siempre discreta y amable con las otras monjas, su presencia marcaba la vida comunitaria. Por eso, después de pasados muchos años, sus hermanas la respetaban porque era un modelo de santidad.

Ella no se daba cuenta, pero su fisonomía, por la práctica de la virtud, se había hecho más bonita todavía. Su rostro poseía una luminosidad antes inexistente y sus grandes ojos azules, espejos de su alma pura, adquirieron una nueva profundidad, haciéndose más hermosos y atrayentes. Los años no consiguieron deteriorar su juvenil lozanía, reflejo de un interior virtuoso.

Su salud, no obstante, empezaba a debilitarse con el tiempo. Continuaba desempeñando sus funciones, sin preocuparse de sí misma, y cumpliendo sus obligaciones con esmero



Cuando iba a lavar la ropa, evitaba mirarse en las grandes pilas de la lavandería

y amor. Hasta que encontrándose ya sin fuerzas se vio obligada a guardar reposo en la enfermería. Se acercaba la hora de rendirle cuentas a Dios.

La Hna. María Pureza presentía que su muerte ya estaba llegando. Con fiebre y extenuada, les pedía algo a las monjas, arrodilladas a su cabecera, que no lograban entender. Pensaban que estaría delirando y rezaron la oración de los agonizantes. Pero la enferma seguía balbuceando cortas palabras.

Finalmente una joven religiosa creyó comprenderla:

— Por lo visto, iparece que quiere un espejo!

— ¿Un espejo?, exclamaron todas.

¿Cómo una persona que había vivido tantos años huyendo de ese objeto, podía pedirlo en la hora de su muerte? Sin intuir siquiera el motivo de tan inusitado pedido, la superiora decidió atender el deseo de la pobre moribunda. Mandó que buscaran un espejo y lo puso en las manos de la enferma.

Cuando la Hna. Pureza sintió el peso del objeto, sus ojos se abrieron, levantó la cabeza y esbozó una enorme sonrisa. Aquel espejo, milagrosamente, no reflejaba la fisonomía de la agonizante, sino el rostro luminoso de María Santísima. Había venido a buscar el alma de aquella que, desapegándose de su propia belleza, se había hecho digna de contemplar las maravillas celestiales. ✧



Magdalena tomó en serio el consejo de la religiosa y su vida cambió de manera radical

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

Beato Valentín Paquay, presbítero (†1905). Religioso franciscano belga, promotor de la devoción al Santo Rosario. Por su asiduidad en el confesionario, fue comparado al Santo Cura de Ars.

2. Domingo II después de Navidad.

Santos Basilio Magno, (†379) y **Gregorio Nazianzeno** (†390), obispos y doctores de la Iglesia.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

San Antero, Papa (†236). Griego de origen. Gobernó la Iglesia tan sólo 40 días. Fue el primer Papa enterrado en las catacumbas de San Calixto.

4. Beato Tomás Plumtree, presbítero y mártir (†1570). Ejecutado en Durham, durante el reinado de Isabel de Inglaterra.

5. Beata Marcelina Darowska, religiosa (†1911). Tras la muerte de su marido y de su hijo primogénito, se consagró a Dios y fundó en Jazlowice, Ucrania, la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, para la educación de las jóvenes.

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

San Pedro Tomás, obispo (†1366). Religioso carmelita francés. Como legado pontificio y después como Patriarca latino de Constantinopla, se esforzó por promover la unión con las Iglesias de Oriente.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero (†1275).

San Ciro, obispo (†714). Monje en Paflagonia (norte de Turquía),

elegido Patriarca de Constantinopla. Fue expulsado de su Sede y murió en el destierro.

8. San Jorge de Koziba, monje (†cerca de 614). Era oriundo de Chipre y pasó a vivir como eremita en las proximidades de Jericó. Vivía recogido en su celda durante la semana, pero el domingo oraba con los hermanos y conversaba con ellos sobre temas espirituales.



Beata Marcelina Darowska

9. Bautismo del Señor. Domingo I del Tiempo Ordinario.

Beatos José Pawłowski y Casimiro Grelewski, presbíteros y mártires (†1942). Sacerdotes polacos ahorcados en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

10. Santa Leonia Francisca de Sales Aviat, virgen (†1914). Fundó en Troyes, Francia, la Congregación de las Hermanas Oblatas de San Francisco de Sales, para la asistencia a las jóvenes obreras, a cuya educación se dedicó con amor materno.

11. Santo Tomás de Cori, presbítero (†1792). Sacerdote franciscano italiano, predicador y director espiritual. Ejerció su apostolado en Subiaco y diócesis vecinas.

12. San Arcadio, mártir (†cerca de 304). Murió tras atroces suplicios en Cesarea de Mauritania, Argelia, por negarse a hacer sacrificios a los ídolos.

13. San Hilario de Poitiers, obispo y doctor de la Iglesia (†367).

San Remigio, obispo (†cerca de 533). Obispo de Reims, Francia, durante más de 60 años. Bautizó al rey Clodoveo y convirtió para Cristo a todo el pueblo franco.

14. Beato Pedro Donders, presbítero (†1887). Religioso redentorista holandés. Durante 45 años ejerció su apostolado con leprosos, en Surinam, antigua Guayana Holandesa.

15. San Bonito, obispo (†cerca de 710). Prefecto de Marsella, Francia, elegido Obispo de Clermont-Ferrand, para ocupar el lugar de su hermano San Avito. Renunció diez años más tarde y se retiró al cenobio de Manglieu.

16. Domingo II del Tiempo Ordinario.

Santa Juana, virgen (†1105). Religiosa del monasterio camaldulense de Santa Lucía, en las cercanías a Bagno di Romagna, Italia.

17. San Antonio, abad (†356).

San Sulpicio el Pío, obispo (†647). Ocupó la sede episcopal de Bourges, Francia. Despertó admiración por su generosidad, especialmente por los pobres y los enfermos.

18. Beata Regina Protmann, virgen (†1613). De familia patricia prusiana, abandonó a los 18 años la ca-

sa paterna para iniciar, con dos compañeras, una vida comunitaria dedicada a la asistencia a los pobres, a los enfermos y a la educación de los jóvenes. De ahí surgió la Congregación de las Hermanas de Santa Catalina.

19. San Macario el Grande, presbítero y abad (†390). Discípulo de San Antonio Abad, vivió como eremita en el desierto durante más de 50 años. Reunió en torno de sí a varios discípulos con quienes constituyó el monasterio de Scete, en Egipto.

20. San Fabián, Papa y mártir (†250).

San Sebastián, mártir († s. IV).

Beata María Cristina de la Inmaculada Concepción, virgen (†1906). Fundó en Casoria, Italia, la Congregación de las Hermanas Víctimas Expiatorias de Jesús Sacramentado, con la que promovió la adoración a la Sagrada Eucaristía, y se dedicó a la formación cristiana de los niños.

21. Santa Inés, virgen y mártir († s. III/IV).

San Albano Roe y **Beato Tomás Green**, presbíteros y mártires (†1642). Encarcelados por ejercer su ministerio sacerdotal en Inglaterra, fueron ahorcados y descuartizados en Thyburn, Londres, tras varios años de prisión, durante el reinado de Carlos I.

22. San Vicente, diácono y mártir (†304).

San Bernardo, obispo (†842). Dejando el ejército del emperador Carlomagno, distribuyó sus bienes entre los pobres y abrazó la milicia de Cristo. Fue nombrado obispo de Vienne, Francia. Construyó los monasterios de Ambronay y de Romans.

23. Domingo III del Tiempo Ordinario.



“San Remigio bautiza al rey Clodoveo” - Santuario de Lourdes (Francia)

San Clemente, obispo y **San Agatángelo**, mártires († s. IV). Muertos en Ancara, Turquía, durante la persecución del emperador Diocleciano.

24. San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (†1622).

San Feliciano de Foligno, obispo († s. III). Evangelizó una amplia zona de Umbría, Italia, y fue el primer prelado de esta región, durante 56 años.

25. Conversión de San Pablo, Apóstol.

Beato Manuel Domingo y Sol, presbítero (†1909). Fundó en Tortosa, España, la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, para el fomento de las vocaciones sacerdotales.

26. Santos Timoteo y **Tito**, obispos. **Beata María de la Dive**, mártir (†1794). Viuda guillotizada durante la Revolución Francesa por su fidelidad a la Iglesia.

27. Santa Ángela de Merici, virgen (†1540).

San Julián, obispo († s. IV). Considerado el primer Obispo de Le Mans, Francia.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia (†1274).

Santa Ágata Lin Zhao, virgen, **Santos Jerónimo Lu Tingmei** y **Lorenzo Wang Bing**, catequistas y mártires (†1858). Decapitados en Macao, China, tras haber sido denunciados como cristianos.

29. San Gildas el Sabio, abad (†570). De noble familia escocesa, entró en el célebre monasterio de Llanilltud Fawr, Gales. Fundó el monasterio de Rhuys, en la Bretaña francesa, del que fue abad.

30. Domingo IV del Tiempo Ordinario.

Santo Tomás Khuong, presbítero y mártir (†1860). Sacerdote dominico decapitado en Vietnam al haberse declarado cristiano durante la persecución del emperador Tu Dúc.

31. San Juan Bosco, presbítero (†1888).

San Metrano, mártir (†cerca de 249). Por negarse a proferir palabras impías, fue torturado y apedreado por los paganos, en Alejandría, Egipto.



Deslumbrante tradición

Monumentales estructuras luminosas hacen resplandecer, con motivo de la Navidad, a la ciudad de Medellín. Nacidas de nuestro tradicional amor a la Madre de Dios, preparan los corazones para recibir al Salvador del mundo.

Los primeros cristianos usaban en las catacumbas velas o antorchas para alumbrar altares y pasillos. Pero con el paso de los siglos esas fuentes de iluminación adquirieron un papel más noble, como símbolos de la victoria de Cristo sobre el pecado. Expresivos ejemplos de ello son: el Rito de la Bendición del fuego nuevo y del Cirio en la Vigilia Pascual, la vela utilizada en la ceremonia del Bautismo o la Corona de Adviento, que nos prepara para la venida del Señor.

Tampoco faltan en la Sagrada Escritura referencias a esa hermosa analogía: “La luz brilla en las ti-

nieblas, y las tinieblas no la recibieron” (Jn 1, 5), anuncia el Evangelio en la tercera Misa de Navidad. Y en una de las lecturas de ese mismo día el profeta Isaías proclama: “El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz” (Is 9, 1).

Las velas, además de ser fuentes de claridad y calor, son un signo de vida y alegría. Ése es el motivo por el que en muchas ciudades del mundo se celebra la festiva época navideña con bellos adornos luminosos, como ocurre en la localidad colombiana de Medellín, donde la costum-

bre del “Alumbrado Navideño” se remonta hasta una de nuestras más antiguas y conmovedoras tradiciones.

Desde el comienzo de la presencia española en América, en el siglo XVI, la fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora era conmemorada con especial relevancia. El 8 de diciembre era ya a finales del siglo XVII un día de precepto en todos los reinos de Su Católica Majestad; a principios de la siguiente centuria el Papa Clemente XI extendió ese beneficio a toda la Iglesia. Y en España y en toda Hispanoamérica hubo una auténtica explosión de júbilo



Juan Pablo Cadavid



lo cuando en 1854 el Papa Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, del que había sido un ardoroso defensor ese reino cristianísimo.

Para la conmemoración de esta solemnidad, en Colombia se hizo costumbre iluminar en la víspera iglesias y residencias, comercios y oficinas, balcones y jardines con velas multicolores. De esta forma el 7 de diciembre —que también marca el inicio de las celebraciones de la Navidad— pasaba a ser el “Día de las Velitas”, en el que las familias se reúnen gozosas para encender cirios y lámparas de variados colores, expresión de su devoción mariana.

Desde hace ya cuatro décadas, en Medellín, las márgenes del río que atraviesa esta ciudad, el Cerro Nutibara y diversos lugares históricos son engalanados con monumentales estructuras luminosas, organizadas por el Grupo Empresarial EPM (Empresas Públicas Municipales) y por el sector comercial de la región. En el montaje del Alumbrado de 2010 fueron usados más de 15 millones de bombillas, 320 km de cableado eléctrico, 1.600 proyectores de LEDs y 7 toneladas de papel metalizado, además de grandes cantidades de otros materiales.

Un motivo diferente inspira la ejecución del Alumbrado cada

año. En este último, el Cerro Nutibara, localizado en el centro de la ciudad, ostenta en su cima el belén con la Sagrada Familia, recordándole a cuantos lo contemplan el verdadero significado de la Navidad. Los tres Reyes Magos, montados en sus camellos, se disponen a iniciar el ascenso para rendirle homenaje a Dios Encarnado, mientras escenas de infantil inocencia y fantasía se esparcen por el parque adyacente.

Así, rebosante de luz y colorido, que simboliza la alegría y la esperanza, la ciudad de Medellín conmemora el nacimiento del Salvador del mundo. ✧

"Virgen Blanca" -
Catedral de Toledo (España)



Mario Baveloni

*E*n el rostro
de María
se refleja el rostro
misterioso del Pa-
dre. La ternura
infinita de Dios
Amor se reve-
la en los rasgos
maternos de la
Madre de Jesús.

*(Juan Pablo II,
Audiencia General,
5/1/2000)*